

DOMINGO AMUNATEGUI SOLAR

Páginas de mis Memorias

Mi juventud.—Años 1870-1876-1881: consúltese una colección de cuadernos impresos de *Distribución de Premios del Instituto Nacional*. Años 1872, 1873, 1874, 1875, 1876 y 1877 y un folleto titulado *Certamen de la Academia Literaria del Instituto Nacional*, año 1876, en el cual se inserta mi primer trabajo literario, sobre el tema propuesto por el rector del Instituto don Manuel José Olavarrieta: *La condición del mérito es la lucha*. Consúltese también las *Distribuciones de premios* de los años 1878, 1879, 1880 y 1881.

Viaje a Europa.—Marzo de 1885 a noviembre de 1886. Conservo todas las cartas que escribí a mis padres y las que ellos me contestaron.

Mis libros.—La bibliografía de mis obras la hizo don Emilio Vaïsse en el tomo 1.º de la *Bibliografía General de Chile*. Posteriormente he publicado numerosos trabajos. *Revistas*. He colaborado en muchas revistas. La primera revista, llamada *Revista Literaria*, duró 9 meses, desde 1878, y fué dirigida por mi amigo Enrique Montt, hijo de don Manuel Montt, y terminó con motivo de la guerra del Perú. Colaboré además en la *Revista Chilena*, en la *Revista de Chile* (de Luis Montt), no sé si en la *Revista del Progreso*. Mis principales colaboraciones fueron en la *Revista Chilena de Historia y Geografía*, fundada por Enrique Matta Vial. He publicado artículos en *La Libertad Electo-*

ral, en *El Ferrocarril*, en *El Mercurio*, y en *La Nación* (de Eliodoro Yáñez).

Apuntaciones sobre mis libros.—Don Jorge Huneeus Zegers, presidente de la Cámara en 1883, me encargó la publicación de *Sesiones de los Cuerpos Legislativos de Chile*, desde 1811 hasta 1845. Compuse el tomo I, y me fuí a Europa. Valentín Letelier continuó la obra.

De los documentos del tomo I tomé la base de mi crónica del *Instituto Nacional*. 2 tomos. El 2.º trataba de los rectorados de Montt y Varas.

A su vez, Alcibíades Roldán sacó el material para su libro *Las primeras asambleas nacionales de Chile*.

Don Pedro Lautaro Ferrer aprovechó los documentos de mi crónica del Instituto para su *Historia General de la Medicina en Chile*, Talca, año de 1904.

Luis Galdames sacó del tomo 2.º de la misma crónica del Instituto su libro sobre el *Decenio de Montt*, publicado en vísperas del gobierno de don Pedro Montt.

Mi libro sobre *Mayorazgos* ha servido a numerosos genealogistas para sus libros.

Mi artículo sobre don *Fernando Alvarez de Toledo* inspiró a Tomás Thayer Ojeda para su primer trabajo de aliento, *La Familia Alvarez de Toledo*.

Mis *Encomiendas de Indígenas en Chile* han sido estudiadas por muchos alumnos de la clase de Historia del Instituto Pedagógico, y ha inspirado algunos buenos traba-

jos sobre la materia. El último en fecha es el de don Julio Heise González, *Las tasas y ordenanzas sobre el trabajo de los indios en Chile*, dado a luz en 1929 y 1930 en los *Anales de la Universidad*. Además, otros autores han tomado en mi libro la idea de escribir sobre encomiendas indígenas en provincias. Puede consultarse la *Revista Chilena de Historia y Geografía*.

Mi *Bosquejo histórico de la literatura chilena* ha servido de base al texto de enseñanza compuesto por Samuel A. Lillo, con el título de *Literatura Chilena*.

La elección de Barros Arana para Rector de la Universidad ()*

5 de agosto de 1897.—Hoy a las 3 P. M. me dirigí a la Universidad y en la secretaría del Consejo encontré a Gaspar Toro, quien me preguntó por lo que sucedía con relación al rectorado de la Universidad.

Le conté que me parecía indudable que don Osvaldo Rengifo ocuparía el primer lugar de la terna que debía elevarse al gobierno. Votarían por él los 35 individuos que en la vez anterior habían sufragado por Murrillo, 15 extranjeros, a más de algunos otros miembros antes muy partidarios de don Diego, pero persuadidos hoy de que el gobierno en ningún caso nombraría a éste.

6 de agosto.—A las 11 de la mañana encuentro en la calle a don Osvaldo Rengifo, quien me refiere que en la casa donde funcionan las clases de leyes Gaspar Toro le ha referido la conversación que conmigo había tenido en el día anterior. Rengifo me agrega que me pide el favor de que acepte una carta dirigida a mí en la cual él elimina su nombre de la terna próxima a formarse pa-

ra proveer el cargo de rector de la Universidad.

Como yo le manifestara gran sorpresa y sentimiento por esta determinación me dijo estas textuales palabras:

—Así será mejor, pues la mayoría de los miembros universitarios podrá fijarse en otro que siga más fielmente las tradiciones de don Diego Barros. Por lo demás, don Diego me excusará de que no asista por esta vez a votar por él el próximo domingo.

Con la carta de Rengifo en la mano fui a casa de Toro, quien se manifestó profundamente contrariado de que Rengifo pudiera haberse sentido con él.

Toro y yo tratamos de buscar a Luis Barros, y juntos los tres a las 2 P. M., más o menos, en el estudio de Gaspar Toro, departimos largo rato sobre lo que pasaba.

Luis Barros fué de opinión que era necesario conseguir con don Diego que renunciara su candidatura al rectorado, ya que el gobierno está resuelto a no nombrarlo. Los tres convinimos en que no habría otro rector mejor que Rengifo, y que podría elegirse alguno malo, muy malo.

Toro no quiso ir a casa de don Diego, pues dijo que él ya le había manifestado con toda rudeza su opinión de que renunciara, sin conseguir nada.

Luis Barros y yo tomamos un coche y nos dirigimos a casa de Manuel Barros. Este se se hallaba muy animado a dar la batalla contra el gobierno; pero, después que Luis Barros y yo le manifestamos el estado de las cosas, convino en que sería conveniente hablarle a don Diego.

Luis y yo encontramos a don Diego en su estudio. Le hicimos toda especie de reflexiones, manifestándole que el gobierno no le nombraría, que, si todos le pedíamos a Rengifo que retirara su carta, éste aceptaría y saldría por unanimidad. Don Diego no quiso comprendernos, nos habló de muchas cosas, y tuvimos que retirarnos profundamente decepcionados.

Convinimos entonces, de acuerdo con Manuel Barros y Toro, en publicar un suelto

(*) Estos apuntes completan los publicados en los *Anales* en el número consagrado a Diego Barros Arana, primer y segundo trimestres de 1958, N.os 109-110, páginas 390-391, con el título *La elección de Barros Arana para Rector de la Universidad de Chile en 1897 y el gobierno de Federico Errázuriz. Recuerdos de Domingo Amunátegui Solar*, a cuya lectura indispensable remitimos al lector para el cabal conocimiento de esta apuntación.—G. F. C.

en la *Libertad Electoral* proponiendo esta terna:

- 1.er lugar, Barros Arana.
- 2.º lugar, Alejandro Andonaegui.
- 3.er lugar, Vicente Izquierdo Sanfuentes.

Banquete en casa del doctor Ventura Carvallo Elizalde, Decano de la Facultad de Medicina, dedicado al Presidente de la República don Federico Errázuriz Echaurren en 28 de mayo de 1898.—El doctor Carvallo le había hecho a S. E. en el curso del año 97 la operación de la piedra, con muy buen éxito, pues le extrajo, por el procedimiento de la *litotricia*, varias piedrecillas de la vejiga. No quiso pedir honorario, y el Presidente le envió en abril del 98 una vajilla de plata, con el monograma V. C., comprada en Inglaterra por 1.000 libras. Con los derechos de aduana, esta vajilla costaba en moneda chilena 20.000 pesos. Con este motivo y para estrenar el regalo presidencial, Carvallo dió el banquete del 28.

El jueves 26 recibí mi invitación, que acepté por escrito inmediatamente.

De frac y guante blanco llegué a la casa, a las 7½ P. M.

La comida fué amenizada por una espléndida orquesta, y las horas transcurrieron ligeras. A la mitad, S. E. me invitó a brindar, con tanto afecto, como el que había gastado en preguntarme por mi madre. Debe saberse que hasta ese momento no había S. E. brindado sino con los dueños de casa.

No bien había dejado el Presidente la copa en la mesa cuando cinco o seis personas se apresuraron a brindar conmigo, simultáneamente. Recuerdo al Rector de la Universidad San Cristóbal, al Intendente de Santiago Fernández Blanco, al doctor Murillo, a Alfredo Riesco.

Momentos después, el doctor particular de S. E., Rioseco y su hijo Federico, me pedía, desde la otra extremidad de la mesa, que brindara con ellos.

Cinco minutos más tarde, el doctor Carvallo nos proponía a Elena Errázuriz y a mí que le acompañáramos a beber.

Germán Riesco también estuvo muy amable conmigo durante toda la noche.

Durante la velada, S. E. tuvo la amabilidad de conversar largo conmigo, casi a solas, sobre la cuestión internacional. Me manifestó mucha fe en que el mes de septiembre sería arreglada nuestra odiosa cuestión de límites con la Argentina.

Sonaron las doce de la noche en un reloj del salón, y S. E. dió la señal de partida. Los sombreros y paletos de abrigo estaban todos confundidos en un mismo rincón. Tocó la casualidad que S. E. y yo encontramos nuestros sombreros a un mismo tiempo. “Vaya, dijo el Presidente, creo que tenemos la misma cabeza. Pruebe Ud. mi sombrero”. Tomé el sombrero, y, en efecto, me quedaba bien.

En el acto, el doctor Murillo, que acababa también de tomar su sombrero, me lo pone él mismo sobre las sienes, y nota con desagrado que no entraba. Sin duda él tenía una cabeza más chica. “No le cabe, dijo, porque mi cabeza es muy alargada”.

Me despedí de los dueños de casa, y salí con Germán Riesco en los mismos momentos en que el coche presidencial iba a partir.

Ministerios que he desempeñado.—Cinco veces fuí ministro de Estado, de Justicia e Instrucción Pública, dos veces en el gobierno de don Pedro Montt: una al inaugurarse la administración Barros Luco, y del Interior, en 1918, bajo la presidencia de Sanfuentes, y en 1923 bajo la de Alessandri.

En junio de 1899, Errázuriz Echaurren me ofreció la cartera de Instrucción, en el gabinete que debía presidir don Rafael Sotomayor Gaete; pero esta combinación no llegó a realizarse.

Don Ramón Barros Luco me llamó en 1914 para ofrecerme el Ministerio de Instrucción. Debía ser ministro del Interior don Guillermo Barros Jaraquemada. Pero no acepté; porque no tenía confianza en el programa político del Presidente, quien siempre abandonaba a su suerte, con indiferencia absoluta, a sus secretarios de Estado. “Pre-

fiero, le dije, el rectorado de la Universidad". "El rectorado, me repuso, está en la Moneda". "No, repliqué, es más permanente el rectorado en la misma Universidad".

Cuando el 23 de enero de 1925 fué derribado el gobierno del general Altamirano, la Junta que tomó el mando, formada por don Emilio Bello Codesido, general don Pedro Pablo Dartnell, y almirante don Carlos Ward, me llamó para que organizara el gabinete.

La Junta había enviado a los jefes de la Armada una terna, en la cual aparecía Armando Jaramillo, yo y no me acuerdo qué otro. La Armada por unanimidad me había elegido a mí.

Llamé entre otras personas a Alejandro del Río, a Salvador Izquierdo y a don Juan Esteban Montero. Ninguno aceptó. En estas condiciones, renuncié al encargo y me volví a mi fundo de Chocalán, en Melipilla.

Eliodoro Yáñez vino a rogarme a mi casa para que me quedara. Inútilmente. Comprendí que los revolucionarios, y entre ellos Yáñez, quería ministerio de *compadres*, y la gente sería no aceptaba entrar.

Ofrecimiento de la vicepresidencia de la República.—El 1.º de octubre de 1925 era Presidente de la República don Arturo Alessandri y Ministro de la Guerra el coronel don Carlos Ibáñez del Campo.

Alessandri estimuló a los ministros para que renunciaran, con el objeto de que saliera de la Moneda el coronel Ibáñez; pero, a pesar de que así lo hicieron sus colegas, Ibáñez se negó a presentar su dimisión.

En la mañana de ese día vino a verme don Ramón Briones Luco, para ofrecerme la vicepresidencia en nombre de Ibáñez. Este último me mandó decir que él no quería ser vicepresidente.

Con la renuncia de Alessandri y de los demás ministros sólo quedaba el coronel, y a él le tocaba de derecho la vicepresidencia.

Pedí una hora para meditar sobre el asunto, y fuí a consultar a don Joaquín Walker Martínez, con quien había estrechado relaciones de amistad en el Club de la Unión. Le encontré en su casa. Walker en el acto me aconsejó que no aceptara. "Ibáñez tiene derecho a ejercer la vicepresidencia; pero no a transmitirla a persona extraña".

Acepté el consejo, y me dirigí en auto al Ministerio de la Guerra. Encontré a Ibáñez con varios amigos, y, entre ellos, con Arturo Prat Carvajal.

Antes de que yo hablara, el coronel me informó de que ya todo estaba arreglado; pues, antes de renunciar, Alessandri había nombrado Ministro del Interior a Luis Barros Borgoño, y le había *confiado* la vicepresidencia.

Algunos días más tarde fuí a visitar a Alessandri, que ya se había retirado de la presidencia, y se había alojado en casa de su hijo Arturo (Avenida de la República). Al saludarme el ex presidente me dijo: "Yo quería que Ud. fuese vicepresidente; pero se opusieron los militares". "Es extraño, le repuse, delante de Malbrán, plenipotenciario argentino, pues Ibáñez me mandó ofrecer la vicepresidencia el 1.º de octubre".

Mi hogar: El Instituto Nacional (*)

Esta manifestación me conmueve hasta lo más íntimo del alma. No me valgo de una figura retórica. Hablo con completa sinceridad.

(*) Palabras pronunciadas en un almuerzo dado en el Instituto el 9 de agosto de 1925 a ocho profesores que acababan de jubilar.

Voy a explicarme.

Esta casa ha sido el segundo hogar de mis antepasados. Los Amunátegui no reconocen otros pergaminos de nobleza que los que guarda el archivo del Instituto.

El Rector puede dar testimonio de que hacen cien años el profesor de filosofía del

establecimiento se llamaba Domingo Amunátegui.

Su historia es conocida. Aunque hijo de un ardoroso realista, quien era natural de la patria vasca, desde niño abrazó la causa de la independencia.

Mi abuelo se educó en Lima. Discípulo de la escuela de Rousseau, fué el primero que rompió en el Instituto los moldes de la enseñanza escolástica.

Perteneció al partido político derrotado en Lircay y murió en la pobreza.

Sus ideas liberales son el único patrimonio que legó a sus descendientes. Mi padre, que había sido un buen alumno, empezó a dar lecciones en el Instituto a la edad de diecinueve años.

Conservó esta clase hasta el día de su muerte: ¡durante cuarenta años!

En su larga carrera pública sufrió numerosos desengaños, conoció la amargura de la ingratitud y sintió en carnes propias el azote de la deslealtad; pero nunca flaqueó en los principios que había heredado de su padre.

Cada vez que se alejaba de las esferas de gobierno se apresuraba a volver a sus clases, sin pedir un soio día de licencia, como para alimentar de nuevo su energía en el diario contacto con profesores y alumnos.

En sus últimos años defendió con entusiasmo la separación de la iglesia y del Estado, los cementerios laicos, el registro y el matrimonio civiles.

Como ministro, creó los primeros liceos de niñas, uno en Santiago y otro en Copiapó; autorizó a las mujeres para que rindieran exámenes válidos en la Universidad, y les abrió de esta suerte las carreras de la medicina y de la abogacía; nombró las primeras empleadas que ganaron su vida en las oficinas públicas. Con mirada previsor, preparó así a la mujer chilena para que más

tarde pudiera hacer buen uso del derecho de sufragio en las urnas electorales.

Hablo de memoria, sin consultar papeles, como se conversa en la intimidad.

Antes de dar forma definitiva a sus proyectos, mi padre consultaba siempre a sus colegas del Instituto.

El Rector está en situación de declarar si mis afirmaciones son exactas.

Puede asimismo dar fe de que en el curso de un siglo han enseñado y dirigido el Instituto siete profesores que han llevado mi apellido: Domingo Amunátegui Muñoz, mi abuelo; Miguel Luis Amunátegui, mi padre; Gregorio Víctor Amunátegui, Manuel Amunátegui, Miguel Luis Amunátegui Reyes, Gabriel Amunátegui Jordán y yo.

¿Cómo, pues, no he de sentirme desconsolado al abandonar mis clases?

En el Instituto adquirí la base de los conocimientos que poseo, y en sus bancos contraí las amistades que me han acompañado en los días felices y en los días adversos.

Comprendo asimismo el sentimiento experimentado por mis colegas de labor. No en vano hemos trabajado juntos año a año, durante decenios enteros.

El lazo material está ya roto; pero los vínculos morales permanecerán intactos. De cerca o de lejos, seré un amigo leal, y un eterno partidario del Instituto. De cerca o de lejos, hoy como ayer, aplaudiré la obra inmensa realizada por su actual Rector.

El Instituto descansa sobre una base tan sólida que no morirá sino cuando muera la República.

¡Por el Instituto!, por su jefe, que ha consagrado una vida entera, todo lo que él vale y todo lo que puede, a la prosperidad del colegio; por vosotros, cuyos nobles esfuerzos han coadyuvado con eficacia al buen éxito de esta labor!

La doctrina ideal sobre el Instituto Pedagógico en 1892 (1)

POR DOMINGO AMUNÁTEGUI SOLAR, DIRECTOR DEL INSTITUTO PEDAGÓGICO Y SECRETARIO DE LA FACULTAD DE FILOSOFÍA, HUMANIDADES Y BELLAS ARTES

Santiago, 10 de octubre de 1892.

Honrado por el Gobierno y el Consejo de Instrucción Pública con el cargo de Director del Instituto Pedagógico, he creído necesario manifestar a US. mi opinión sobre este establecimiento.

Desde hace cincuenta años, funcionan en nuestro país las Escuelas Normales de Preceptores. Objeto constante de la atención de los Ministros de Instrucción Pública, han experimentado las diversas transformaciones y mejoras marcadas por la experiencia y por el adelanto de la pedagogía. Hoy podemos asegurar con orgullo que son comparables a los mejores establecimientos de su clase en Europa y América. Los resultados que producen superan a cuantas expectativas se habían concebido. En pocos años más, todas las escuelas primarias darán al pueblo una educación correspondiente al estado de cultura que alcanzamos, y, si los fondos públicos lo permiten, habrá el número necesario de ellas para que se establezca la instrucción obligatoria.

Son tan palmarios los beneficios producidos por las Escuelas Normales de Preceptores, que nadie se atrevería a ponerlos en duda, ni menos aún, a pedir la supresión de ellas.

En mayor grado que los seminarios de preceptores, son necesarios para la ilustración general los institutos pedagógicos de segunda enseñanza. No es mi ánimo discutir, ni se presenta la oportunidad de hacerlo, sobre cuál de las dos especies de enseñanza merece la preferencia, si la primaria o la secundaria. Sólo recordaré de paso, que esta última, según lo demuestra la historia, ha

dado origen tanto a la instrucción primaria como a la superior.

La pedagogía moderna ha hecho progresos notables en todo lo que se refiere a la segunda enseñanza. Las lecciones de hoy no son ni parecidas a las lecciones de ayer. Los métodos han cambiado por completo. Se ha escrito tanto en los últimos tiempos sobre los sistemas de educación más adecuados a la instrucción secundaria, que podría formarse una biblioteca entera nada más que con los volúmenes destinados a tan importante asunto.

Se comprende, pues, que la carrera del profesorado necesita en la actualidad de una larga preparación. Puede considerarse como un axioma que el saber mucho no equivale al enseñar bien.

La pedagogía ha llegado a ser en nuestra época una verdadera ciencia. En los principales países, ha sido cultivada por espíritus superiores. Entre los franceses, podría citarse a Montaigne, a Fenelón, a Descartes, a Rollin, a Rousseau, el más notable de todos; entre los ingleses a Bacon, a Locke, a Bain, a Spencer; entre los alemanes, a Comenius, a Franke, a Basedow, a Pestalozzi, a Diesterweg, a Fröebel, a Herbart.

Una ciencia formada por espíritus tan eminentes, merece, sin duda alguna, un estudio especial.

Así lo han comprendido las principales naciones europeas. En Francia, desde fines del siglo dieciocho, existe la Escuela Normal Superior, destinada a formar maestros de segunda enseñanza. En Alemania, se han organizado desde antiguo seminarios pedagógicos anexos a todas las universidades; en ellos se enseña la pedagogía teórica, pero sus alumnos reciben además lecciones prácticas en los liceos establecidos. Hay, sin embargo,

(1) Nota dirigida al señor Ministro de Instrucción Pública.

seminarios pedagógicos con escuelas especiales de práctica en Leipzig y en Jena, y últimamente se han fundado en Prusia seminarios prácticos de pedagogía en todas las provincias. Puedo asegurar que en Austria la preparación pedagógica para la segunda enseñanza obedece al mismo sistema que la de Alemania. La Italia, que tan grandes progresos ha realizado en diversas esferas del saber, no ha quedado rezagada en la enseñanza pública, y se ha esforzado por imitar la organización pedagógica de las naciones más adelantadas.

El Instituto Pedagógico de Chile representa el primer esfuerzo que en nuestro país se hace para sistematizar la carrera del profesorado. Felizmente este seminario ha podido fundarse según los mejores modelos del Viejo Mundo.

Para comprender bien la diferencia esencial entre la educación moderna y la educación antigua, basta comparar la diferencia que existe entre los medios de que se valía el maestro de ayer y los que emplea el maestro de hoy para mantener la disciplina entre los alumnos. El látigo ha sido reemplazado por la palabra persuasiva. Los pedagogos han demostrado hasta la evidencia, que la desaplicación de los alumnos provenía, antes que de la pereza de los niños, de la falta de competencia de los maestros, o más bien, de lo inadecuado de sus métodos. Esto ha llegado a ser hoy un axioma, y a la verdad, se habría espantado a los profesores antiguos que se quejaban de la mala conducta o del poco aprovechamiento de sus alumnos, si se les hubiera dicho que éstos eran los que realmente habrían tenido motivos fundados para censurar a sus maestros.

La pedagogía moderna se apoya sobre todo en las indicaciones de la naturaleza. El maestro debe tratar de inculcar los conocimientos en el espíritu de sus alumnos, imitando los procedimientos espontáneos de la inteligencia humana.

La psicología ha manifestado con pruebas irrefragables, que ninguna idea penetra en el espíritu sin que antes haya sido recogida

por los sentidos. Esta observación fundamental ha servido en modo considerable a los sistemas modernos de enseñanza. Los profesores se esfuerzan actualmente en educar los sentidos antes de alimentar la inteligencia. Esta es la base de la enseñanza objetiva.

En la historia, por ejemplo, se da grande importancia a los retratos de los hombres célebres, a las fotografías de las ciudades principales, a los grabados que representan las habitaciones, los vestidos, las armas, los lugares de entretenimiento público, los objetos del culto religioso. El profesor moderno cuida especialmente de que sus alumnos visiten los museos históricos de la ciudad en que residen, o los lugares cercanos en que se han dado grandes batallas, o han tenido lugar sucesos notables.

En la historia natural, el estudio de las piedras, de las plantas y de los animales, no se hace ya por las descripciones del profesor, ni solamente en las láminas de los textos, por perfectas que sean. No se consideraría completa una enseñanza de la historia natural que no diera a conocer a los alumnos las piedras mismas, las plantas mismas, los animales mismos que se estudian.

Cada uno de los sentidos del hombre exige, según la pedagogía moderna, una verdadera educación, para que, merced al auxilio de todos ellos, el espíritu llegue a adquirir las nociones fundamentales de las letras y de las ciencias.

De acuerdo con estos principios, el aprendizaje de memoria ha caído en un descrédito completo. Ni la inteligencia del hombre, ni la inteligencia del niño reconocen este procedimiento como natural a su organismo. La pedagogía, por lo tanto, lo condena en su carácter de método ordinario de enseñanza, y sólo lo admite en casos muy determinados.

El fin primordial de la pedagogía es educar el espíritu, es sistematizar los conocimientos. Se trata, no de llenar la inteligencia, como si fuera un vaso, sino de desenvolverla en conformidad a sus principios orgánicos.

Para conseguir ese objeto, el maestro no debe descuidar ninguno de los elementos materiales ni morales que se hallan a su alcance. La extensión de la sala, la distribución de la luz, la colocación de los bancos, han sido objeto de largos estudios entre los pedagogos. De igual manera, la edad y la preparación de los alumnos de una misma clase no deben presentar grandes diferencias, para que así la palabra del profesor sea comprendida por todos ellos. Entre esas pequeñas inteligencias que poseen un desarrollo semejante, se establece una completa comunidad de ideas y de sentimientos. La tarea del maestro se simplifica en grado considerable, y las nociones que enseña, claras y adecuadas al espíritu de los niños, son rápidamente digeridas merced a ese contagio sutil y maravilloso que se difunde entre los cerebros que disponen de iguales medios de asimilación.

En una clase, no debe haber reunidos, por punto general, más de veinticinco o treinta alumnos. Está ya muy lejana la época en que un profesor creía cumplir con su deber cuando llamaba delante de sí a un sólo alumno y se ocupaba durante toda la hora de clase en tomarle lección. La experiencia ha demostrado que este sistema era erróneo. El espíritu inquieto de los niños no posee la calma suficiente para oír durante una hora entera las explicaciones del maestro, por muy interesante que se las suponga. En el día de hoy, el profesor trata de mantener la actividad y de despertar el interés entre todos los alumnos de su clase. El método de preguntas y respuestas ha venido a reemplazar el de las largas lecciones recitadas de memoria y el de los discursos pronunciados por el profesor.

Estas reglas pedagógicas han llegado a ser muy conocidas, merced a la propaganda que de ellas han hecho los buenos educadores. Sin embargo, hay muchas otras que son también indispensables para que la enseñanza del colegio dé abundantes frutos. Esta es la materia que forma la base de los estudios en los seminarios pedagógicos.

La escuela moderna, no sólo se halla destinada a nutrir la inteligencia, sino también a educar la voluntad y a fortificar el cuerpo. La pedagogía enseña a todos aquéllos que desean consagrarse a la carrera del profesorado, el noble y difícil arte de formar hombres.

Los nuevos métodos cuadruplican el poder de la inteligencia, y en un espacio más o menos igual de tiempo, preparan a los estudiantes de segunda enseñanza para dominar con mucha mayor energía que en el sistema antiguo las dificultades que ofrece la vida y la sociedad.

No basta, como algunos creen, haber sido un buen alumno de instrucción secundaria para convertirse por la sola obra de la voluntad, sin estudios posteriores, en un buen maestro. Sin duda alguna, un discípulo sobresaliente se esforzará en imitar los métodos empleados por sus profesores; pero carecerá de ese conocimiento psicológico de los niños que sólo puede adquirirse con un estudio especial, y de esa experiencia en la aplicación de los métodos de las diversas asignaturas, que sólo se obtiene con la práctica de la enseñanza.

Imaginemos un bachiller en humanidades de la más clara inteligencia y de los conocimientos más extensos y más sólidos. Supongamos que inmediatamente después de haber obtenido su título, y sin que haya hecho estudios previos de pedagogía, obtenga la propiedad de una cátedra en la enseñanza secundaria. Salvo el caso de un prodigio, que hasta ahora no se ha realizado, ese joven en sus primeros años de magisterio tendrá un noviciado más o menos largo, en el cual cometerá numerosos errores de método, cambiará cien veces de plan, y sólo conseguirá adiestrarse lentamente, a expensas de sus alumnos.

Esta ha sido la historia de los mejores maestros de nuestros colegios de segunda enseñanza. Entre los profesores de los liceos, aquellos que han poseído verdadera inteligencia y sólida ilustración, no han llegado sino después de un largo período de esfuer-

zos constantes a una perfección relativa en el arte de enseñar; en cambio, aquellos que, por la medianía de su espíritu y de sus conocimientos, no han sido capaces de recoger los frutos de su experiencia diaria, han resultado vencidos en la lucha, y, o bien se han retirado del magisterio después de haber enseñado mal a dos o tres generaciones de niños, o bien han continuado en la enseñanza con grave perjuicio para la juventud educanda.

La pedagogía es una ciencia relativamente moderna, pero cuyos principios han sido reunidos con gran dificultad, por una larga serie de inteligencias superiores, después de una experiencia de siglos.

Nuestro Instituto Pedagógico encierra, pues, una importancia capital que no perderá nunca, y en la actualidad su enseñanza es doblemente necesaria. En estos momentos en que tanto el Gobierno como el Consejo de Instrucción Pública han resuelto variar el sistema y los métodos de enseñanza de los liceos, ha llegado a ser indispensable un colegio que prepare a los maestros destinados a realizar la reforma. No basta decretar un plan de estudios, ni combinar nuevos programas; se necesita, además, que los individuos encargados de aplicar éstos y aquél, consagren toda su inteligencia y toda su voluntad al buen éxito de la obra. Las innovaciones de esta clase no se hallan contenidas por completo en la letra de los reglamentos. Una gran parte de ellas, tal vez la más esencial, va siempre envuelta en el espíritu de los decretos. Si estas reformas no tienen, en consecuencia, el apoyo decidido de los profesores, fracasarán con seguridad.

El sistema concéntrico de los estudios consiste en el aprendizaje simultáneo de las diversas ramas principales del saber en todos los años de que se compone el curso de humanidades. El método concéntrico se aplica a la enseñanza de cada una de las asignaturas del mismo curso mencionado. Según este método, cada una de las ramas principales de los conocimientos humanos, debe enseñarse, desde los primeros años del curso hasta el último, en círculos concéntricos, que

al principio sólo abrazan las nociones fundamentales, pero que van ensanchándose paulatinamente, hasta que por fin llegan al desenvolvimiento completo de la materia. La concentración de los estudios, se refiere al enlazamiento que tienen entre sí las diferentes ciencias y que debe también ligar a todas las asignaturas del curso completo de humanidades.

Puede decirse que desde hace algunos años existe en Chile el sistema llamado concéntrico. Por desgracia, no es posible estampar igual aserción respecto del método concéntrico, ni respecto de la concentración de los estudios. Las diversas asignaturas del curso han sido estudiadas en nuestros liceos como ramos distintos, aun cuando pertenezcan a un mismo orden de conocimientos. Verbi-gracia, la aritmética ha sido siempre considerada por los estudiantes de segunda enseñanza como un ramo completamente diverso del álgebra, y ésta, a su vez, como asignatura independiente de la aritmética. De igual modo, los períodos históricos en que los tratadistas dividen el desenvolvimiento de la humanidad para dar mayores facilidades a la enseñanza, se han estudiado con absoluta independencia unos de otros. La gramática castellana ha sido en todos los tiempos un estudio especial, sin parentesco alguno con la literatura.

Las consecuencias de la falta de enlace de las secciones en que se divide un mismo ramo en los diversos años del curso, han sido funestas para la enseñanza. Los alumnos se han retirado de las aulas con ideas erróneas e incompletas sobre la mayor parte de las asignaturas. La gramática castellana, por ejemplo, que, relacionada con la retórica desde el primer año hasta el último del curso de humanidades, permite al maestro enseñar a los alumnos, al mismo tiempo que la estructura actual y la historia de la lengua, el arte de manejarla, de palabra y por escrito, con corrección y elegancia, estudiada como ahora aisladamente, se transforma en una enseñanza estéril y minuciosa de análisis y de clasificaciones, que las más de las

veces se reducen a un empirismo fatigoso, y que nunca preparan a los jóvenes para el difícil arte de la composición.

En el Instituto Pedagógico, no sólo se inicia a los alumnos en los secretos del magisterio, sino que también se les enseñan los últimos métodos empleados en los colegios europeos en las diversas asignaturas.

El profesor de historia natural dedica una atención preferente a la fisiología y a la morfología de las plantas y de los animales. Como se sabe, este es el asunto a que mayor tiempo se consagra en las cátedras europeas. La enseñanza fisiológica forma la base de los conocimientos sobre el mundo animado y demuestra hasta la evidencia la unidad que existe entre todos los fenómenos de la vida.

La anatomía vegetal es otro de los temas más interesantes de sus lecciones. Los alumnos de esta clase se ejercitan en el uso del microscopio, y aprenden a reducir la hoja más pequeña de una planta o de un helecho en esos elementos independientes que se llaman células y que componen la sustancia de todos los seres animados.

Sin duda alguna, el manejo del microscopio por los alumnos sería excesivo en las clases de un liceo, pero no puede negarse que el empleo de este instrumento es indispensable para los jóvenes que se preparan al magisterio. El estudio de la historia natural no se hallaría a la altura que ha alcanzado la ciencia si los profesores no pudieran enseñar a sus discípulos por ese medio la anatomía de los vegetales. Con este objeto, los jóvenes que se educan en el Instituto Pedagógico, están obligados a hacer ellos mismos un cierto número de preparaciones microscópicas de las que menos dificultades presentan.

Además de la fisiología y de la anatomía, el profesor enseña a sus alumnos la geografía vegetal.

A pesar de la importancia de estos ramos, no descuida las clasificaciones de los animales ni las de las plantas, a que se daba tanta preferencia en otro tiempo. Pero no se de-

tiene demasiado en contar el número de pétalos ni el número de estambres de cada flor, sino que dirige principalmente la atención de sus alumnos a las funciones biológicas de esos mismos órganos. De este modo, la enseñanza de la historia natural adquiere una vida y un interés extraordinarios.

El profesor no olvida un momento que su tarea primordial consiste en la formación de maestros de segunda enseñanza, y, en consecuencia, emprende a menudo excursiones botánicas con sus alumnos, no sólo para que estudien experimentalmente la naturaleza y el desarrollo de los vegetales, sino también para que vayan formando ellos mismos un pequeño herbario de plantas chilenas, que les servirá más tarde cuando tengan a su vez discípulos.

Las cátedras de idiomas en el Instituto Pedagógico ofrecen igualmente gran novedad y verdadero interés científico. Todas ellas tienen como base el estudio de la lingüística, sin el cual el aprendizaje de aquéllos se reduce a un trabajo meramente empírico. La lingüística, como se sabe, enseña la etimología de las palabras, las modificaciones que han sufrido los sonidos y las letras, el desarrollo de las formas verbales y la historia de la sintaxis del idioma.

Los alumnos del Instituto Pedagógico estudian la lingüística del latín, del castellano, del francés, del inglés y del alemán. Estudian también la filología o historia general de la literatura. Y con el auxilio poderoso de estos dos ramos, se encuentran aptos para abrazar en toda su extensión el conocimiento teórico y práctico de la literatura castellana.

Los nuevos profesores podrán así enseñar el idioma patrio sobre una base científica.

En la cátedra de latín, el maestro se esfuerza, más que en hacer profundizar a sus discípulos la lengua de los romanos, en darles a conocer todos aquellos elementos de ella que pueden servirles para el mejor estudio del castellano y del francés.

Los profesores de idiomas vivos ejercitan principalmente a los jóvenes del Instituto en

los métodos que hacen más fácil el aprendizaje de las lenguas, y de este modo contribuyen por su parte a realizar la noble misión del establecimiento. Quizás por la primera vez en nuestro país, se estudia en esta cátedra la fonética, o sea, la ciencia de los sonidos aplicada a los idiomas. El conocimiento de este ramo es indispensable para la correcta pronunciación de un idioma extranjero. La fonética manifiesta cómo concurren a la formación de los sonidos que componen el alfabeto, los labios, la lengua, la garganta, las mandíbulas, y del juego de todos estos órganos deduce principios exactos y concretos. Sin el estudio de la fonética, la pronunciación de un idioma no obedece sino a reglas empíricas.

Este ramo no tiene lugar en el curso de humanidades de un liceo; pero el aprendizaje de él permitirá que los alumnos del Instituto dirijan con mejor acierto la enseñanza de las lenguas extranjeras.

Los profesores de idiomas vivos cuidan también de perfeccionar a los jóvenes en la práctica de ellos, tanto para hablarlos como para escribirlos. Así los futuros maestros dominarán los elementos principales de las lenguas que van a enseñar.

El estudio de la historia se hace conjuntamente con el de la geografía. De esta manera, se habitúa a los jóvenes que en breve serán profesores, a no separar dos ramos que se hallan tan íntimamente ligados. Como es notorio, uno de los defectos más graves de que adolece la enseñanza histórica en nuestros liceos, es la prescindencia casi absoluta que se hace de las condiciones geográficas de cada pueblo al relatar su vida política. Ninguna persona ilustrada ignora hoy cuánta influencia ejerce la geografía de un país sobre su desarrollo y su grandeza.

En la cátedra de historia y geografía, se dan a los alumnos algunas reglas sencillas y fáciles de aplicar, para que tracen en la pizarra, con el auxilio de tizas de distintos colores, el mapa de la nación que va a estudiarse. En primer lugar, forman una red de meridianos y paralelos; en seguida dibujan

los contornos exteriores del país; después marcan sus principales cadenas de montañas y señalan el curso de sus ríos, y, por último, fijan la situación respectiva de las ciudades más importantes.

Se comprende con facilidad que, merced a este procedimiento práctico y, podríamos decir, experimental, los alumnos graban de una manera indeleble en su espíritu un gran número de indicaciones geográficas. Hay por cierto una enorme diferencia entre este método nacional y el método mnemotécnico empleado hasta ahora.

Conjuntamente con la geografía política se estudia la geografía física de cada nación, y la historia adquiere por este medio su verdadera importancia. Los alumnos no repiten de memoria la sucesión de los hechos históricos, sino que, por el contrario, los completan con el auxilio del mapa.

No necesito manifestar cuánta cabida se da en esta cátedra a la historia de la civilización, porque sin ella ningún profesor de historia merecería hoy el nombre de tal. El maestro tiene también especial cuidado en indicar a los alumnos las fuentes principales, antiguas y modernas, donde pueden adquirir un conocimiento más completo de los diversos períodos. Para ser un buen profesor de historia es necesario tener ese entusiasmo por las investigaciones que distingue al historiador.

A primera vista, parece que la historia y la geografía fueran los ramos más fáciles de enseñar; pero, por desgracia, son tal vez de los que mayores dificultades ofrecen al maestro. La historia abraza todas las ciencias, y se necesita un criterio muy seguro para distinguir en ella lo verdadero de lo falso, lo probable de lo verosímil. Cuando el estudio histórico se reducía a una simple narración de los hechos pasados, cualquiera persona de mediana ilustración desempeñaba con buen éxito una cátedra de esta asignatura. Hoy no puede ejercer el magisterio histórico sino quien posee una gran suma de conocimientos bibliográficos, políticos, sociales y científicos.

Del mismo modo, la enseñanza de la geografía requiere una vasta ilustración científica. Según los planes modernos de enseñanza secundaria, la geografía física se aprende al mismo tiempo que la geografía política.

Tengo la seguridad de que los alumnos del curso de historia y geografía del Instituto Pedagógico, se hallan perfectamente preparados para dirigir la enseñanza histórica en los liceos.

Las cátedras de matemáticas y de ciencias físicas guardan perfecta conformidad con las ya enumeradas. Los profesores se esfuerzan principalmente en formar a sus alumnos para el magisterio con numerosos ejercicios prácticos.

Entre las matemáticas, la aritmética, sobre todo, ha hecho progresos notables en sus métodos de enseñanza. A los niños de corta edad, por ejemplo, se les ejercita hoy de preferencia en ejecutar operaciones mentales, que deben hacer con la mayor rapidez posible, y tan prodigiosos resultados se obtienen con este método, que verdaderamente maravilla el ver resolver por un alumno de la preparatoria, sin el auxilio del lápiz ni de la tiza, complicados problemas que a menudo un hombre no podría ejecutar sino con mucha lentitud y sobre el papel. El secreto de este misterio se halla explicado por la educación progresiva que en la ciencia de los números han ido recibiendo los cerebros infantiles.

La enseñanza moderna de las matemáticas, a la inversa de lo que antes sucedía, no da sino un corto número de definiciones. El alumno debe encontrar las demás después de haber efectuado las operaciones correspondientes. La planimetría, que se estudia en los primeros años de humanidades, ofrece en este sentido a los jóvenes un vasto campo para el desarrollo de sus facultades especulativas; los alumnos mismos están obligados a descubrir y formular los teoremas que la componen.

En el Instituto Pedagógico, además de las matemáticas elementales, se estudian las matemáticas superiores puras, es decir, desde

un punto de vista científico general, sin aplicación a la ingeniería ni a la arquitectura. Los futuros maestros necesitan de estas nociones elevadas para que su enseñanza en los liceos no adolezca de la estrechez de miras que caracteriza las lecciones de quien no sabe sino exclusivamente lo que enseña.

En las clases de física y de química, del mismo modo que en las de los demás ramos del establecimiento, el profesor no expone nunca previamente un principio o una ley, sino que, por el contrario, trata que los alumnos los deduzcan después de repetidos experimentos. Esta es la principal regla pedagógica aplicable a las asignaturas mencionadas.

Los alumnos de estas cátedras tienen ejercicios prácticos una vez por semana. En ellos, se habitúan a manejar los instrumentos de física y de química, a hacer experiencias en uno y otro ramo y a formar ellos mismos, bajo la dirección de su maestro, los aparatos necesarios para la clase.

Fácilmente se comprenderá que una enseñanza tan práctica no puede menos que dar buenos resultados.

Un maestro especial de gimnasia enseña teórica y prácticamente ese arte, indispensable hoy en todos los colegios, y sobre todo en un seminario que se halla destinado a formar profesores para los liceos de la República.

Los alumnos reciben también lecciones de derecho constitucional y administrativo.

El médico del establecimiento enseña higiene.

En el Instituto Pedagógico, funciona además una clase de filosofía, en la cual se da el necesario desarrollo al estudio de la psicología, de la lógica, de la moral y de la teodicea. En esta cátedra, el profesor explica a sus alumnos el importante tema de la clasificación de las ciencias, que viene a servir de complemento y de coronación a toda la enseñanza pedagógica del seminario.

El maestro de pedagogía no se limita a dar lecciones teóricas, sino que también dirige el liceo de aplicación práctica, anexo al Instituto.

Este liceo ha empezado sólo en el presente año; pero en lo sucesivo los alumnos del Instituto aprovecharán de él en los tres años del curso pedagógico. Los alumnos de los dos primeros años asistirán como oyentes a las clases del liceo, y en el tercero las desempeñarán ellos mismos, bajo la dirección de aquel maestro, como hoy sucede.

Durante el año actual, los alumnos del tercer año pedagógico han enseñado las clases del tercer año de preparatoria del liceo de aplicación práctica, sucediéndose unos a otros en secciones de a ocho jóvenes, más o menos.

La experiencia que han adquirido bajo la dirección del maestro de pedagogía los habilita necesariamente para enseñar desde luego por sí mismos.

Existe también en el liceo una institución a la cual se deben los más benéficos resultados. Me refiero a las conferencias prácticas con crítica. Estas se verifican dos veces por semana. Con ocho días de anticipación, el profesor de pedagogía da a uno de los alumnos del Instituto un tema determinado, con el objeto de que lo desarrolle previamente, y en seguida lo enseñe a los alumnos del liceo. Otro de los jóvenes del Instituto debe servir de crítico a su compañero. Dos días antes de la conferencia, el joven encargado de ella presenta por escrito al maestro de pedagogía el desenvolvimiento del tema elegido. El profesor hace las correcciones necesarias. En el día de la conferencia, el alumno dirige la clase del liceo delante de sus com-

pañeros del Instituto, del profesor de la asignatura correspondiente y del profesor de pedagogía. Una vez terminada la clase, el alumno que ha servido de maestro hace notar él mismo los defectos principales en que cree haber incurrido. A continuación, expresa su dictamen el crítico, y el profesor de pedagogía ofrece la palabra a los demás alumnos del Instituto. Por último, manifiestan su opinión los profesores. El maestro de pedagogía termina de ordinario la conferencia con el análisis minucioso de la clase y de las críticas hechas por los alumnos.

Después de esta exposición, US. comprenderá que, en mi sentir, el Instituto es un establecimiento necesario, desde cualquier punto de vista que se le considere. En el presente oficio, he tratado de manifestar la inmensa importancia que tiene como seminario pedagógico, podría también aducirse un argumento económico que no carece de valor. El Estado invierte grandes sumas de dinero en sostener más de veinticinco liceos. Si, merced a la enseñanza del Instituto Pedagógico, los liceos van a mejorar de un modo considerable la educación que dan a sus alumnos, el Estado, en vez de haberse perjudicado pecuniariamente con la fundación de este nuevo seminario, habrá hecho producir a sus capitales una suma mayor de intereses, y habrá servido así al progreso y a la ilustración de Chile.

Dios guarde a US.

Domingo Amunátegui Solar.

Elogio del Instituto Pedagógico (*)

En la lucha eterna contra la ignorancia, la fundación del Instituto Nacional, en 1813, equivalió a una gran victoria, tan importante como la de Maipo, en 1818, para la independencia de Chile.

Los padres de la Patria no se engañaron

cuando revistieron la ceremonia de la inauguración con una pompa inusitada.

Asistieron a ella la Junta de Gobierno y todas las corporaciones del Estado. Pronunció un discurso el Secretario del Interior, don Mariano Egaña, a quien se considera uno de los primeros repúblicos de su tiempo, y se cantó un entusiasta himno del insipido vate don Bernardo de Vera.

El Instituto Nacional ha sido el *alma ma-*

(*) Discurso de don Domingo Amunátegui Solar en el Instituto Pedagógico, pronunciado a 1.º de agosto de 1934.

ter de nuestra enseñanza pública. Era, al mismo tiempo, Universidad, Seminario Eclesiástico, colegio de instrucción secundaria y escuela de primeras letras.

Todos los establecimientos de educación han tenido en él su origen.

Sólo en 1835 se separó el Seminario Conciliar.

En 1843 empezó a funcionar la Universidad de Chile.

Los liceos de La Serena, en 1821, y de Talca, en 1827, le tomaron como modelo.

El primer organizador de la instrucción primaria, don Manuel Montt, se educó en el Instituto, y siguió sus inspiraciones.

La casa en que el gobierno patriota instaló el nuevo colegio había pertenecido a los jesuitas y se hallaba en el mismo sitio donde hoy se levanta el Congreso Nacional.

Forma contraste con aquella suntuosa inauguración la del Instituto Pedagógico.

Su fe de bautismo es un simple decreto de gobierno, firmado en 29 de abril de 1889 por el Presidente Balmaceda y por su Ministro Bañados Espinosa.

Había nacido sobre la base de un ítem de cuarenta mil pesos de la ley de presupuestos.

Su primer edificio fué una modesta casa particular, situada en la Alameda.

A pesar de este humilde origen, el nuevo plantel debía tener un éxito tan admirable como el del Instituto Nacional.

No todas las personas cultas, sin embargo, aplaudieron su creación. La gran mayoría de ellas declaró que era una reforma inconsculta y prematura. El país, dijeron, no tiene necesidad de tales novedades. Para los pocos liceos que funcionan entre nosotros bastan y sobran los bachilleres graduados en la Universidad; ellos han sido hasta hoy, y lo serán por mucho tiempo, inmejorables maestros de segunda enseñanza.

Cuando triunfó la revolución de 1891, algunos diputados se atrevieron a pedir la supresión del Instituto Pedagógico.

Felizmente, no prevalecieron los fuegos de la pasión, y espíritus superiores, como el de Barros Arana, que habían sido enemigos

resueltos del gobierno de Balmaceda, defendieron con energía este tierno fruto de aquella tempestuosa época.

El Instituto Pedagógico se salvó entonces, porque había llegado a ser necesario. Sin este colegio o escuela normal de maestros, la segunda enseñanza no se habría desenvuelto con tanta amplitud y robustez.

Este Instituto fué organizado desde el principio con un doble fin: debía perfeccionar los conocimientos literarios y científicos de los bachilleres y debía inculcarles el arte de la enseñanza.

No todos los liceos de Santiago y de las provincias alcanzan igual grado de eficiencia, ni en todos ellos se enseñan bien las asignaturas del curso de humanidades.

Por lo demás, son escasos los bachilleres que se presentan a la matrícula con la base de cultura indispensable para aprovechar la educación que aquí se suministra.

Este colegio, en consecuencia, so pena de malograr su objeto, necesita rever la ciencia que cada uno de esos alumnos trae consigo, y completarla y rectificarla, a fin de alcanzar satisfactorios resultados.

Ante todo, el Instituto es un crisol que, al calor blanco de la más pura doctrina, trata de formar espíritus nobles y abnegados.

El maestro no puede ejercer con acierto su tarea si no posee con hondura la ciencia que pretende transmitir.

La pedagogía, por lo demás, ha llegado a ser un arte tan complejo que requiere largos años de aprendizaje. Por muy excelsas dotes que posean, los futuros maestros necesitan estudiar los nuevos métodos en el ramo de su preferencia.

Día a día se descubren prácticas originales e imprevistas destinadas a enseñar mejor las asignaturas de humanidades.

Este Instituto debe, pues, subsistir, aunque sea con sacrificio del erario, porque constituye un organismo irremplazable, y debe continuar funcionando en su doble carácter: como colegio superior de humanidades y como seminario pedagógico.

La muerte de este establecimiento signi-

ficaría la pérdida de un eslabón esencial en nuestro régimen docente, y produciría un retroceso de cincuenta años en la vida republicana.

¿Quiénes reemplazarían en lo futuro a los actuales profesores de liceos?

El Instituto Pedagógico, tal como se halla ordenado, representa un hogar de gran cultura, y para lo porvenir, ofrece una inmensa perspectiva, cuya trascendencia no se puede calcular.

Cuando el establecimiento posea un edificio digno de su importancia; cuando se destinen pabellones especiales a las ciencias físicas y químicas, a las biológicas, a las lenguas clásicas y a las vivas extranjeras; cuando la historia y la geografía se enseñen en departamentos propios, con las bibliotecas y seminarios correspondientes; cuando las matemáticas, en sus diferentes ramas, ocupen una sección separada, provista de los instrumentos necesarios; cuando la filología e idioma patrio alcancen el debido desarrollo, y cuando la filosofía y la pedagogía puedan disponer de numerosos cursos de aplicación práctica en los liceos anexos, entonces habrá llegado el día en que este Instituto ofrezca el máximo de su eficacia.

Parecerá anómalo que, después de tantos años de ausencia, yo tome parte en esta hermosa fiesta; pero no he podido negarme a la cariñosa invitación del digno jefe de este seminario.

Confieso que, al hacerlo, me siento profundamente conmovido. Goberné el Instituto Pedagógico en sus comienzos, por el largo plazo de veinte años, cuando aún el brillante celaje de las ilusiones de la juventud me hacía fácil la lucha contra las emboscadas de la vida.

Tengo orgullo de haber contribuído con mis personales esfuerzos a la prosperidad del establecimiento.

Fuí nombrado director en 1892. Entonces

este gran colegio era un pequeño internado, que sólo contaba con una veintena de alumnos.

Este número fué aumentando en los años posteriores, cuando se convirtió en externado.

En 1893, el Instituto recibió dos notables progresos. Mi amigo Francisco Antonio Pinto, Ministro de Instrucción Pública, me autorizó para trasladarlo a esta casa, donde nos hallamos reunidos, y en la misma fecha hice indicación, que fué aprobada, en el Consejo de la Universidad, para que la corporación permitiera el ingreso en los cursos a las bachillerías en humanidades.

El resultado de esta segunda medida se halla a la vista. Hoy el número de las alumnas del Instituto Pedagógico ha crecido tanto que es doble del de los varones.

Algunos profesores estiman que este es un mal. Juzgo, por el contrario, que es un gran beneficio.

La influencia femenina en la familia, en la sociedad, en la escuela, siempre provechosa, será mucho más fructífera si va acompañada de una alta cultura.

“Enseñad a leer a todas las mujeres, escribía un educador de nuestro país, y veréis cómo al poco tiempo todos los hombres sabrán también leer”.

En los Estados Unidos, la instrucción primaria se halla exclusivamente dirigida por mujeres; en sus colegios de segunda enseñanza, la mitad del profesorado es femenino; y las maestras forman el diez por ciento del cuerpo docente universitario.

Me considero satisfecho con aquel galardón.

No pido a los alumnos que recuerden mis afanes en favor del plantel a que pertenecen; pero sí ruego a las alumnas que no olviden el nombre de quien abrió para ellas las puertas del Instituto Pedagógico.

El estudio de la historia contemporánea de Chile (*)

Compañeros y amigos:

Mi último libro ha provocado iras, rectificaciones, injurias personales.

Habría sido de preverlo.

La narración de los hechos contemporáneos, aunque sea lo más imparcial posible, hiere intereses y ofende sentimientos.

Por desgracia, los críticos que me censuraron no se han preocupado de analizar con calma las tesis desenvueltas en la obra, y parece que su principal objeto ha sido poner de manifiesto que no tengo las cualidades indispensables para ser un buen escritor.

Este empeño ha sido inútil; porque el hecho es demasiado conocido. Escribo mal.

Nunca pretendí ser un literato, aunque siempre me he esforzado en escribir con claridad.

La razón verdadera que me ha puesto la pluma en las manos ha sido el convencimiento de que aún no se ha estudiado a fondo la historia política contemporánea y que convenía puntualizar ciertos aspectos de la vida nacional y concentrar la luz sobre algunos personajes mal juzgados hasta ahora.

Por ejemplo, creo haber sido imparcial y objetivo al juzgar en nuestros días el primer gobierno del actual Presidente Alessandri, uno de los más combatidos.

Fuí Ministro del Interior de ese gobierno y honradamente creo haber dado como historiador una opinión que no será revisada en el porvenir.

Alessandri fué un adalid de la reforma social.

Sus otras reformas lo colocan entre los verdaderos estadistas del país.

No estoy de acuerdo con el rumbo del actual gobierno de Alessandri en esta segunda presidencia, pero no puedo dejar de recono-

cer que el reformista de 1920 y de 1925 ha debido convertirse en el severo e inflexible consolidador de las instituciones republicanas y democráticas, y que éste será el juicio de la posteridad. Pero hay predominio de elementos reaccionarios en el gobierno.

Para un texto de la enseñanza de nuestra historia escribiré, al término del gobierno de Alessandri, mi opinión franca, sincera y de la más alta imparcialidad.

Me creo capaz de ello por mi honradez, la que justifican mis antecedentes.

Otro ejemplo, don Manuel Montt. Su carácter autoritario y las medidas de rigor tomadas por él al principio y al fin de su gobierno le han cubierto con espesa capa de odiosidad y antipatía que contribuyen a desfigurarlo por completo.

No pretendo defender sus procedimientos de fuerza, pero, al mismo tiempo, he querido demostrar que, como Presidente de la República, trabajó con mayor eficacia que nadie en favor del advenimiento de la democracia.

Hasta ahora ningún historiador había hecho valer este gran servicio prestado por don Manuel Montt a nuestras instituciones republicanas.

Los distinguidos publicistas que se han ocupado en analizar el período del decenio, o han sido detractores sistemáticos o entusiastas apologistas. La atmósfera cargada de rencores que cubrió hasta hace pocos años aquella administración impedía juzgarla con equidad.

Tres cuartos de siglo han transcurrido desde que el señor Montt dejó el poder, y felizmente hoy pueden apreciarse con calma los resultados de su política.

La desamortización de los mayorazgos, la negativa de celebrar con la Santa Sede un concordato que entregaba la enseñanza pública a la fiscalización de los obispos y la fuerza prestada a los tribunales de justicia

(*) Discurso pronunciado el 12 de diciembre de 1936 en el homenaje que la Sociedad de Escritores de Chile le ofreció en el Estadio del Llano con motivo de la publicación de su libro *El progreso intelectual y político de Chile*, en ese año.

para hacer respetar sus fallos, aun contra autoridades tan poderosas como la del arzobispo de Santiago, constituyen otros tantos actos de indudable trascendencia social.

El primero de ellos derribó la influencia incontrarrestable de la oligarquía colonial; el segundo vigorizó en forma definitiva la autoridad de la Universidad de Chile, y el tercero demostró a los ciudadanos que nada ni nadie podrá sobreponerse a la majestad de la ley.

Este interesante aspecto del gobierno de don Manuel Montt no había sido puesto de relieve en ningún libro.

Las reformas y prácticas implantadas por Montt permitieron a sus sucesores hacer progresar a la República sobre una base francamente democrática.

Se engañaría, sin embargo, quien imaginara que la vieja oligarquía permanecía tranquila y había perdido las esperanzas de restaurar su imperio. No. Acechaba solamente la ocasión.

El plan ideado después del año 1882 para reconcentrar todos los elementos de combate en un solo campo, y para dividir a la sociedad en bandos enemigos e irreconciliables por medio de teatros, bancos y cementerios particulares, fracasó por completo.

La comuna autónoma, con policías propias, y dueña de la primera enseñanza y de las cárceles, fué la última tentativa para restablecer el predominio de los terratenientes, sobre todos los pueblos de la República. Se conoce la historia de la impracticabilidad de este sistema.

Para descentralizar el país, no hay sino la creación de las Asambleas Provinciales, co-

mo las propuso la Constitución de 1828 y las estableció la de 1925.

Por desgracia, este problema no ha sido aún resuelto en la práctica.

Queda, por fin, una gravísima cuestión que no ha sido estudiada por ningún crítico ni por ningún diario: el cohecho electoral.

La gran mayoría de los ciudadanos vota en favor del candidato que les ofrece mayor cantidad de dinero. Un asiento de senador vale desde doscientos mil hasta un millón de pesos, y un asiento de diputado, no menos de cien mil, en muchos casos.

Mientras subsista esta gangrena el Congreso descansará sobre una base corrompida, y no representará la voluntad del país.

En Estados Unidos, cuyo gobierno democrático debe servir de norma a nuestras pequeñas repúblicas, se han tomado enérgicas medidas para impedir esta falsificación de las urnas. Y ha triunfado el pueblo, esto es, la mayoría de los ciudadanos, que representan los grandes intereses de la nación.

¿Cuándo se adoptarán en Chile las precauciones indispensables para cortar el mal de raíz?

Me halaga la convicción de que vuestros repetidos aplausos y esta honrosa prueba de amistad significa ante todo que estáis de acuerdo conmigo en las opiniones que acabo de expresar. Querría agradecerlos a todos y a cada uno de vosotros; pero lo creo innecesario, puesto que no se trata aquí de un asunto personal, sino de una alta cuestión política. Basta con que estemos estrechamente unidos en la encarnizada lucha por el triunfo de los principios democráticos.

La segunda presidencia de Alessandri (*)

Sumario: Segunda presidencia de Alessandri. Tendencias conservadoras. El gobierno apoya a la Universidad del Estado. Conatos de revuelta. Las elecciones parlamentarias de 1937. El motín del 5 de septiembre

de 1938: sus consecuencias políticas. Corporación de Ventas del Salitre y del Yodo. Se restablece el pago de la deuda externa. El Barrio Cívico. Obras públicas. Elección presidencial.

(*) Domingo Amunátegui Solar había publicado en 1933 una *Historia de Chile* en dos volúmenes, impresos por la

Editorial Nascimento. Este libro había sido aprobado por el Ministerio de Educación como texto de estudio para la

Cuando en octubre de 1932 fué elegido Presidente de la República por segunda vez Arturo Alessandri, desde hacía varios decenios el país había experimentado una transformación completa, que debía producir fundamentales consecuencias.

Para comprender bien la marcha política del gobierno, es necesario estudiar con cuidado la evolución de la sociedad chilena.

La Carta de 1833 organizó a la República en una aristocracia perpetua; no sólo restableció los mayorazgos y vinculaciones coloniales, sino que también dió al Senado una forma marcadamente oligárquica.

Dos de aquellos mayorazgos habían quedado disueltos por la Constitución de 1828: los de Santiago Larraín y del presbítero Sebastián de Lecaros; pero, a virtud del nuevo precepto subsistían otros doce y seis grandes vinculaciones.

Según las reglas establecidas por el derecho vigente, los bienes amortizados pasaban íntegros cuando fallecía el poseedor de ellos al sucesor inmediato, sin hipoteca alguna; de tal modo que las fortunas se conservaban intactas dentro de las mismas familias.

historia patria. El tomo segundo, correspondiente al VI año de Humanidades, finaliza con los sucesos históricos ocurridos desde 1920 hasta la elección del 30 de octubre de 1932 y que llevó a la Presidencia de la República por segunda vez a Arturo Alessandri, vencedor en esas elecciones por 187.914 votos contra sus contendores Marmaduke Grove (60.856), Héctor Rodríguez de la Sotta (47.207), Enrique Zañartu Prieto (42.885) y Elías Laferte (4.128). Cerca de 15.000 votos más que la mayoría absoluta aseguraron el triunfo de Alessandri.

Amunátegui Solar pensó hacer una segunda edición de su *Historia de Chile* en el año 1939 y para completarla escribió el capítulo VI y último del tomo II que fué consagrado a la segunda Presidencia de Alessandri. Por razones que ignoramos, la segunda edición de la obra de Amunátegui Solar no se llevó a cabo y el capítulo consagrado a reseñar la historia de aquella administración quedó sin ver la luz. Su autor lo conservó entre sus papeles. Amunátegui Solar falleció el 4 de marzo de 1946 y al tocarnos revisar su documentación personal, la que en mucha parte nos había legado verbalmente en instrucciones a sus hijos, encontramos el estudio que ahora publicamos.

Amunátegui Solar se ha ocupado de Alessandri, además de lo escrito en la *Historia de Chile*, en las siguientes obras: *La emancipación de Hispanoamérica*, 1936, Edic. de la Universidad de Chile, págs. 168-169; *El progreso intelectual y político de Chile*, 1936, Edit. Nascimento, págs. 151-168, y *La democracia en Chile y Teatro Político (1810-1910)*, Edit. Universidad de Chile, 1946, obra póstuma, págs. 361-362.—G. F. C.

Y, de esta suerte, casas y haciendas continuaban albergando a las personas del mismo apellido por años y por siglos. En una sociedad pequeña y pobre, como era la de Chile, esta aristocracia de sangre no podía menos de ejercer poderosa influencia en la esfera de las relaciones privadas y en el gobierno político.

Por su parte, el Senado constituía un núcleo central y formidable, sobre el que descansaba la administración *pelucona* o conservadora. Este cuerpo se componía de veinte miembros, nombrados en un solo colegio electoral, de un extremo al otro del país.

Durante el gobierno de Manuel Montt los vínculos antedichos fueron desamortizados por las leyes de 1852 y 1857, asegurando, al mismo tiempo, por medio de censos, las rentas de los mayorazgos en favor de las personas que tuvieran derecho a ellos.

En adelante, los bienes raíces vinculados serían comerciables.

Si no se hubiera realizado esta reforma, con el aumento enorme del valor de las propiedades, los mayorazgos en nuestros días habrían sido extraordinariamente ricos.

En cambio, la reducción de los vínculos en arcas fiscales, por la baja del valor de la moneda, les ha hecho perder una gran fortuna.

Así se explica la decadencia económica de la mayoría de las familias que gozaban de aquellos privilegios, y la pérdida de su influencia política y social.

Acostumbrados como estaban a recibir las ingentes rentas de sus importantes propiedades, sin otro trabajo que el rutinario de las faenas agrícolas, los mayorazgos no se preocuparon de mantener su alta posición con la iniciativa de nuevas industrias y con los hábitos saludables de la previsión y el ahorro.

En un solo orden de actividades ellos no se apartaron de la línea de conducta que les aconsejaba su conveniencia privada y la tradición ancestral. Con varias excepciones, to-

dos continuaron militando en las filas políticas del Partido Conservador.

Y en este campo se vieron resueltamente amparados por el poder eclesiástico, que en estos países de América, hasta hace pocos años, ha disfrutado de una influencia ilimitada.

El Senado, por su parte, gracias a la rigidez del sistema electoral, ha ofrecido sin variación su espíritu oligárquico desde el año de 1834, en que por primera vez se aplicaron los preceptos de lo Cartá de Mariano de Egaña, hasta el de 1876, en cuya fecha empezó la elección de senadores por provincias. Es decir, en 42 años.

Hasta este último año, el Presidente de la República, por cuatro decenios completos, formó él mismo la lista de los veinte miembros del Senado, que siempre recibió la consagración del país.

La historia de la composición del Senado durante este período, es sumamente ilustrativa, y merece ser analizada.

1834.—Fueron elegidos dos mayorazgos: Juan Agustín Alcalde, ex conde de Quinta Alegre, y José Miguel Irrázaval, ex marqués de la Pica.

Además, ocuparon asientos en la corporación respetables ciudadanos que se habían distinguido en la época de la guerra de la independencia, como Diego, José Benavente, Mariano de Egaña, Fernando Errázuriz, José Ignacio Eyzaguirre, Manuel José Gandarillas, Manuel Rengijo, José María de Rozas, Agustín Vial y Juan de Dios Vial del Río.

1837.—En este año fué nombrado senador Diego Portales, quien no alcanzó a incorporarse, y los señores Andrés Bello, el cual debía desempeñar tales funciones por un cuarto de siglo, y Francisco Ignacio Ossa, acaudalado ciudadano y uno de los principales dueños del mineral de plata de Chañarcillo.

1840.—Ocupó entonces un asiento por primera vez Ramón Subercaseaux, cuya cuantiosa fortuna provenía del mineral de plata de Arqueros, en La Serena.

1843.—A los ya dichos deben agregarse los

nombres de los ilustres generales José Santiago Aldunate y Joaquín Prieto.

1846.—Fueron elegidos otros dos generales de gran prestigio: José María de la Cruz y Francisco Antonio Pinto. A este Senado pertenecieron también Juan de Dios Correa de Saa, que tiene la honra de haber sido el miembro del Congreso elegido por mayor número de años, marido de la condesa de la Conquista, doña Nicolasa Toro, nieta de Mateo de Toro Zambrano, y el prestigioso político liberal Manuel Camilo Vial.

1849.—Nuevos senadores: el almirante Manuel Blanco Encalada y Bernardo del Solar y Marín, rico industrial del mineral de cobre de Tamarga en el departamento de Ovalle.

1852.—Ingresaron al Senado Manuel Bulnes, ex presidente de la República, y José Joaquín Pérez, quien debía serlo de 1861 a 1871.

1855.—En este año empezaron a formar parte de la corporación Rafael Larraín Moxó, primogénito del marqués José Toribio de Larraín, y los acaudalados industriales Matías Cousiño, a quien debe el país el establecimiento de explotación de carbón de piedra en Lota, y José Tomás Urmeneta, quien organizó con los minerales de Tamarga la fundición de Guayacán.

A los Senados posteriores ingresaron el honorable banquero Domingo Matte y Mesías y los grandes agricultores y mayorazgos Manuel José Balmaceda y Patricio Larraín Gandarillas, los egregios estadistas Alvaro Covarrubias, Federico Errázuriz Zañartu, y Manuel Antonio Tocornal, Melchor de Santiago Concha, Francisco Vargas Fontecilla, Manuel José Irrázaval y Aníbal Pinto.

El examen atento del cuadro que acaba de leerse manifiesta que desde los primeros años de la República habían pertenecido a la aristocracia del país los grandes mineros y agricultores, como Francisco Ignacio Ossa, Ramón Subercaseaux, Bernardo del Solar y Marín, Matías Cousiño, José Tomás Urmeneta y Domingo Matte Mesías.

La incorporación de estos personajes al bando conservador fué un considerable refuerzo para el partido de gobierno. Por desgracia, la desamortización de los mayorazgos, primero, y, en seguida, la ruptura de Manuel Montt con los ultramontanos, o sea, los aliados del clero en las cuestiones políticas, debilitaron a los pelucones en tal grado que estos últimos se vieron en la necesidad de unirse con los elementos liberales, a fin de combatir con buen éxito las pretensiones de los nacionales o montt-varistas.

La historia posterior de los viejos partidos es muy conocida. Después de la alianza celebrada con los adversarios de Montt, los ultramontanos, que constituían el grueso del bando conservador, los liberales renacieron de sus propias cenizas, y llegaron a ser tan fuertes que en el gobierno de Errázuriz Zañartu formaron una poderosa coalición con el bando radical, de reciente origen.

Como es muy sabido, esta alianza gobernó el país hasta la revolución de 1891.

En adelante, la unión liberal-conservadora dominó sin interrupción, y sólo fué rota en el año de 1920, cuando Arturo Alessandri fué nombrado por primera vez Presidente de la República.

El nuevo gobierno de este último ciudadano estaba condenado a sufrir toda suerte de ataques, a fin de entorpecer su obra renovadora: sus adversarios liberales y conservadores tenían la mayoría del Senado, y no contaba con una mayoría segura en la Cámara de Diputados.

Así se explica que no pudiera realizar el programa político que se había propuesto. El Código del Trabajo, oportunamente presentado a la consideración del Congreso, no mereció la aprobación legislativa.

De igual suerte, leyes administrativas como las de presupuestos, fueron despachadas con un retardo de más de seis meses, en los años de 1922, 1923 y 1924, introduciendo así un desconcierto lamentable en todos los servicios públicos y en la marcha regular de la sociedad.

El Presidente Alessandri tampoco consiguió que se aprobara la fundación del Banco Central, que debía administrar los fondos de la conversión metálica y ejercer las funciones propiamente bancarias dirigidas hasta entonces por el Ministro de Hacienda.

Pero la principal de las decepciones experimentadas por el gobierno fué la ruptura de las negociaciones entabladas con el Perú, con motivo del grave problema de Tacna y Arica. Aunque, gracias a la mediación de Estados Unidos, ambas naciones acordaron someter la cuestión al arbitraje del presidente americano, no pudo realizarse el plebiscito que señalaba el tratado de Ancón, a causa de las rivalidades existentes entre aquellos países.

Muy pocas fueron las leyes de importancia promulgadas en este período. Una de éstas es la de contribución del impuesto a la renta, pedido por nuestros economistas desde hacía más de un siglo.

La excitación de las pasiones había llegado a extremos peligrosos.

En estas circunstancias, tanto los partidos de gobierno como los de la oposición acudieron a un recurso vedado, cual era el apoyo del ejército.

Como ya se había acostumbrado en épocas anteriores, el presidente Alessandri nombró delegados en las provincias y departamentos a diversos jefes militares para que mantuvieran el orden en las elecciones del año 1924; pero, por desgracia, estos jefes se hicieron cómplices de las falsificaciones e irregularidades cometidas en casi toda la República.

Por su parte, numerosos civiles no omitían medios de estimular a los militares a fin de que se sublevaran contra el gobierno. Agréguese la sediciosa demora en aprobar el proyecto presentado por el ministro de la guerra sobre aumentos de sueldos a las fuerzas armadas, y se comprenderá cómo estalló el movimiento militar.

El presidente Alessandri se vió obligado a presentar su renuncia, y el general Altamirano, Ministro del Interior, fué levanta-

do sobre el país como jefe del Poder Ejecutivo.

Una vez provocada una sedición militar, es sumamente difícil contenerla, sobre todo en nuestras democracias. El predominio político del ejército duró ocho años, desde septiembre de 1924 hasta octubre de 1932, y debía corresponder al propio Alessandri cerrar el bochornoso ciclo de las sublevaciones militares en su segunda presidencia con un riguroso afianzamiento del orden constitucional.

En esta última fecha, la banda presidencial fué disputada por cinco candidatos, y triunfó por segunda vez Alessandri, con el apoyo de los radicales, de los liberales y de los demócratas.

Contaba con 64 años y hacía 7 que había dejado, en 1925, la presidencia.

Los conservadores, con su candidato Rodríguez de la Sotta, y los balmacedistas, con el suyo, Enrique Zañartu, quedaron en escasa minoría.

Entonces, por segunda vez, se presentaron en la lisa dos nuevos partidos: los socialistas y los comunistas. Marmaduque Grove, jefe de aquéllos, obtuvo más de 60.000 votos, y Elías Lafertte, adalid de los últimos, sólo llegó a 4.128 sufragios.

A pesar de que Alessandri había subido en brazos de los elementos más liberales del país, no se creyó seguro con ellos, y, en vista de la composición adversa de las Cámaras, tuvo que buscar el apoyo de los partidos de derecha para realizar el gobierno, ya que los de izquierda carecían de cohesión.

Así se explica que en la mayoría de sus gabinetes tuviera el bando conservador uno o más representantes caracterizados.

A pesar de que el propio presidente, autor de la Constitución de 1925, proclamara en todos los tonos que los ministros eran en el régimen presidencial meros secretarios de Estado, y no debían dirigir el movimiento político, hubo tantos cambios de gabinete como en el período llamado parlamentario. Las imposiciones de los partidos obligaban

a Alessandri a modificar continuamente las fórmulas ministeriales.

Puede asegurarse que en este gobierno hubo seis gabinetes propiamente tales, encabezados por otros tantos ministros del Interior.

- 1932, Horacio Hevia.
- 1933, Alfredo Piwonka.
- 1934, Luis Salas Romo.
- 1935, Luis Cabrera Negrete.
- 1936, Matías Silva.
- 1938, Luis Salas Romo.

Además, si se quiere clasificar a los diferentes ciudadanos que ocuparon carteras en esta época, se llega al resultado que sigue:

Liberales: Horacio Hevia, Gustavo Ross, Emilio Bello Codesido, Carlos Henríquez, Matías Silva, Luis Salas Romo, Osvaldo Vial, Luis Cabrera Negrete, Julio Buschmann, Javier Castro Oliveira, Francisco Garcés Gana, Benjamín Matte Larraín, Alejandro Errázuriz Mackenna, Alberto Vergara Donoso, Ricardo Bascuñán, Guillermo Correa Fuenzalida, Luis Arteaga Garín, César León, Máximo Valdés Fontecilla y Luis Prunés. Total: 20.

Conservadores: Miguel Cruchaga Tocornal, Joaquín Prieto Concha, Eduardo Cruz Coke, José Ramón Gutiérrez Alliende y Bernardo Leighton. Total: 5.

Radicales: Domingo Durán, Alfredo Piwonka, Domingo Santa María, Luis Alamos Barros, Remigio Medina Neira, Pedro Freeman, Fernando Moller y Alberto Cabero. Total: 8.

Demócratas: Fernando García Oldini, Arturo Montecinos, Luis Mandujano Tobar, Alejandro Serani Burgós, Pedro Fajardo, Humberto Álvarez Suárez, Medardo Goitia y Juan J. Hidalgo. Total: 8.

En resumen, el presidente Alessandri necesitó de 41 colaboradores para poder dirigir la nación durante su período de seis años.

Un observador imparcial (1) califica de este modo las tendencias políticas que entonces dominaron:

“Durante los seis años de su gobierno (el señor Alessandri) —dice— administró el país dentro de líneas conservadoras; volvió Chile, como antes de 1920, a ser dominado por la aristocracia. Hizo, en otros términos, un gobierno derechista. La coalición gubernamental que sostuvo a Alessandri fué de conservadores y liberales: aquéllos representan la aristocracia territorial y se distinguen de los liberales por sus estrechas relaciones con la iglesia. Los liberales, en general, representan también la antigua aristocracia, no son inamistosos con la Iglesia, aunque históricamente trabajaron por la completa separación de la Iglesia y del Estado, alejando a aquélla de todas las actividades políticas, y tienen además un programa social que no les significa mucho”.

Radicales y demócratas, como lo advierte Mr. Haring, estuvieron divididos en este segundo período de Alessandri, y mientras, dentro de cada uno de estos dos partidos, algunos apoyaban al gobierno, otros manifestaban verdadera oposición.

En el orden político, no consiguió establecer las Asambleas Provinciales, a pesar de que el propio Alessandri las había resucitado en la Constitución de 1925. Pero los partidos de gobierno opusieron a esta reforma una resistencia pasiva invencible.

De igual suerte, las Cámaras se manifestaron porfiadamente reacias a aprobar el proyecto del divorcio con disolución del vínculo.

Si esta institución, que había llegado a ser necesaria en el estado de progreso de nuestra sociedad, hubiera contado con el apoyo del presidente, habría sido un motivo de ruptura con el partido conservador, y Alessandri no consintió en ello en ningún día de su gobierno.

En cambio, es justo dejar testimonio de

que la Universidad del Estado fué siempre amparada en su autonomía, y dispuso de los fondos fiscales indispensables para un regular funcionamiento.

Más aún. El gobierno, gracias a la iniciativa del Decano de la Facultad de Leyes, que era el hijo primogénito del Presidente de la República, levantó un verdadero palacio docente donde actualmente se hallan instaladas las clases de jurisprudencia.

No podría decirse lo mismo de las reformas sociales. Mr. Haring, ya citado, anota que entre nosotros “existe, en general, la impresión de que los jornales y salarios no han mejorado suficientemente. Muchas actividades constructivas en Santiago; pero se ha hecho poco, relativamente, por mejorar las escandalosas condiciones de la salud y de las viviendas de los pobres”.

“La situación del obrero es uno de los problemas más importantes, políticos y económicos, de Chile. Se le acusa de flojo y desamparado, y, si cualquier aumento le aplican, en general, a la ociosidad o a consumir más alcohol, ello proviene de que están desnutridos, son ignorantes, y nunca tuvieron oportunidad de aspirar a algo mejor. El sufrimiento de las clases trabajadoras se refleja en el decreciente consumo de leche y pan, en la elevada cifra de mortalidad, sobre todo en la de los niños. Es algo más que un problema social: constituye un peligro político, pues, a menos que el gobierno realice serios esfuerzos para mejorar las condiciones de vida de las masas, continuarán germinando las semillas de la inquietud revolucionaria”.

Estas justísimas críticas de Mr. Haring se aplican principalmente al trabajador agrícola. En la mayor parte de las haciendas, los peones e inquilinos viven en miserables ranchos, que recuerdan a los bohíos indígenas, comen un alimento insuficiente, y andan vestidos con andrajos.

Urge, pues, la promulgación de una ley, que, no sólo fije un sueldo vital para el obrero del campo, sino que obligue a los propietarios a reemplazar en términos razona-

(1) Mr. Clarence H. Haring, profesor de Historia en la Universidad americana de Harvard, en *El Mercurio* de Santiago. Número de 12 de mayo de 1939.

bles los humildes ranchos por habitaciones higiénicas, y a suministrar a sus inquilinos trajes abrigadores para el invierno. El procedimiento más eficaz de combatir el alcoholismo, es crear nuevas necesidades y hábitos de limpieza a los infelices que cultivan la tierra.

La fundación de escuelas prácticas sería también una excelente medida para introducir la cultura en los fundos rústicos.

El presidente Alessandri habría adoptado estas y otras providencias beneficiosas si no lo hubieran estorbado sus colaboradores en el gobierno, o sea, los dueños de la tierra del país. Luchó por esas providencias sin conseguir las.

A pesar de que aquel estadista contó durante un período de seis años con el apoyo resuelto de los miembros de la vieja oligarquía, no se vió libre de revueltas y agitaciones: algunas de ellas eran la consecuencia del espíritu militar sedicioso, azuzado por elementos civiles, políticos desplazados, y otras asonadas fueron producidas por los problemas sociales que él no había podido resolver, no obstante su decisión de solucionarlos.

Habían transcurrido sólo cuatro meses desde el principio del nuevo gobierno, cuando estuvo a punto de estallar un complot, provocado por partidarios del general Ibáñez, y el Ejecutivo se vió obligado a solicitar del Congreso Facultades extraordinarias por el plazo de seis meses.

Entonces fué cuando las derechas organizaron la milicia republicana, compuesta de centenares de jóvenes armados que se encargaron de defender al gobierno contra cualquier tentativa revolucionaria. Debe considerarse que el espíritu de fronda aún dominaba en el país.

Pero esta institución no pudo durar largo tiempo, porque despertó los celos del ejército de línea. Por lo demás, ella era manifiestamente inconstitucional y se había organizado como la expresión de asco a un ejército sin disciplina.

Tres años más tarde, con fecha 8 de febre-

ro de 1936, el Presidente de la República declaraba en estado de sitio por el término de tres meses las provincias comprendidas entre la de Aconcagua y la de Magallanes.

A medianoche, el gobierno había tenido noticia de que se preparaba una huelga general ferroviaria, acordada en el Congreso del Trabajo que acababa de reunirse.

Las medidas oportunas tomadas por el Ministro del Interior, que era el general Cabrera, desbarataron el plan y mantuvieron la tranquilidad del país.

Y, por fin, el 5 de septiembre de 1938, los jóvenes que formaban la Vanguardia Popular Socialista, antes conocidos con el nombre de nacistas, bajo la dirección de su jefe, don Jorge González von Marées, se alzaron en armas y tomaron posesión del edificio central de la Universidad y de la Caja del Seguro Obligatorio.

Este movimiento se hacía a favor del general Ibáñez.

En el acto, el gobierno procedió a atacar a los sublevados, y logró hacerlos desalojar la casa universitaria.

La sedición había estallado en pleno día.

Los insurrectos contaban con la complicidad de algunos cuerpos de la guarnición de Santiago; pero, contra fundadas expectativas, éstos no acudieron a ayudarlos.

La Caja del Seguro Obrero resistió, sin embargo, por algún tiempo, y el gobierno necesitó hacer uso de las fuerzas de los carabineros, que penetraron violentamente en el edificio e hicieron numerosas víctimas.

Una de las medidas adoptadas entonces por quien dirigía el ataque por parte del gobierno fué obligar a los jóvenes rendidos en la Universidad a trepar las escaleras de la Caja del Seguro, con el objeto de que con su presencia forzaran a sus compañeros a deponer las armas.

El gobierno se empeñaba en que esta desgraciada revuelta terminara pronto, por temor a que los oficiales del ejército de línea se contagiaran con el mal ejemplo.

Por desgracia, la contienda entre los vanguardistas sublevados y los carabineros se

prolongó hasta el atardecer, y, en medio de la refriega, dentro de la Caja de Seguro, numerosos jóvenes, de los ya rendidos, fueron ultimados.

El gobierno se apresuró a apoderarse de la persona del general Ibáñez, a quien encerró en la cárcel.

No habiéndose realizado, por lo demás, la participación en la revuelta de ningún cuerpo de línea, la lucha se hizo muy desigual y la Caja de Seguro Obrero fué recuperada fácilmente por los carabineros.

Esta sublevación tuvo consecuencias de importancia, y, entre otras, mató la candidatura del general Ibáñez a la presidencia de la República.

Con motivo de estas graves ocurrencias, el Congreso Nacional concedió al Presidente Alessandri facultades extraordinarias por el término de cuatro meses, y declaró en estado de sitio por igual plazo todo el territorio del país.

Entre los ministros de Estado de Alessandri, se distinguieron especialmente Miguel Cruchaga Tocornal, Gustavo Ross, Emilio Bello Codesido, Francisco Garcés Gana y Eduardo Cruz Coke.

El primero de ellos, como Ministro de Relaciones Exteriores, se manifestó como un ferviente apóstol de la paz internacional, e intervino eficazmente en el arreglo de la cuestión del Chaco, que por mucho tiempo ensangrentó los campos de Sudamérica. A él también se deben los convenios comerciales que han estrechado las relaciones de Chile con la mayoría de las naciones de este continente y con los principales gobiernos de Europa y Asia.

Por desgracia, el fracaso de la Liga de las Naciones, que mantenía su sede en la ciudad de Ginebra, para asegurar la paz internacional, obligó al Presidente Alessandri, en las postrimerías de su gobierno, a retirarse de la mencionada Sociedad, sin ánimo alguno de hostilidad para nadie, y, por el contrario, con la esperanza de que ella fuera reorganizada y Chile pudiera reincorporarse en lo futuro.

El ministro Ross, por su parte, como Ministro de Hacienda, introdujo fundamentales reformas, que resultaron muy ventajosas para el fisco, la economía nacional y las finanzas en general.

La venta de salitre, principal fuente de nuestras entradas, había llegado a ser nula en los mercados extranjeros.

El ministro Ross concibió el plan de establecer en favor del Estado el estanco de la exportación y del comercio del salitre y del yodo, y, con tal objeto, organizó la Corporación de Ventas de estos productos, a fin de que ella pudiera adquirirlos de las empresas particulares y ofrecerlos en venta a los interesados en el extranjero.

Puede asegurarse que, gracias a esta innovación, el comercio del salitre ha renacido en nuestro país, y que de año en año aumenta el caudal de sus operaciones.

Relacionada con esta reforma, el ministro Ross fué autor de otra que produjo benéficas consecuencias. Desde 1931 el gobierno de Chile se había visto forzado a suspender el pago de la deuda externa.

Pues bien, Ross concibió el proyecto de destinar el cincuenta por ciento de las rentas que le correspondía percibir al fisco en las utilidades de la Corporación de Ventas y de las empresas que explotaban o beneficiaban minerales de cobre en el país para el servicio de la deuda externa, y encargó de esta operación a la Caja de Amortización de la Deuda Pública.

De esta suerte, consiguió reanudar el pago de nuestra deuda en el extranjero, con gran ventaja para el buen crédito nacional.

Al mismo tiempo, autorizó a la mencionada Caja para dedicar el saldo de las ventas antedichas, deducidos los gastos de su aplicación a rescates o amortizaciones de los títulos de las mismas deudas.

En esta forma, tales amortizaciones resultaban un verdadero negocio para la hacienda pública.

Así lo dispuso la ley de 31 de enero de 1935.

Entre las medidas de importancia toma-

das por Ross, no debe tampoco olvidarse la reorganización realizada por él de la Compañía Chilena de Electricidad, que permitió al gobierno fiscalizar de una manera eficaz el cumplimiento de las obligaciones que correspondían a la Compañía.

La formación del barrio cívico que rodea a la Moneda, compuesto de grandes y hermosos edificios públicos y particulares, el cual fué iniciado en la época del gobierno del general Ibáñez, recibió también poderoso impulso de parte del esforzado y laborioso Ministro de Hacienda de Alessandri.

Hoy este barrio constituye uno de los progresos más efectivos de la ciudad de Santiago.

El sucesor de Ross en la cartera de Hacienda, Francisco Garcés Gana, continuó su obra de reconstitución fiscal, y promulgó la ley de enero de 1936, por la cual se autorizó la inversión de diez millones de pesos en el fomento de la educación física y construcción de estadios nacionales. El principal de ellos, como era lógico, ha sido edificado en la capital.

En la lista de las reformas del segundo gobierno de Alessandri, merecen una especial mención las instituciones destinadas a organizar la medicina popular preventiva, que emprendió a fines de esta administración el doctor Eduardo Cruz Coke, Ministro de Salubridad.

Aún cuando las escaseces del erario, por último, no permitieron a don Emilio Bello Codesido, Ministro de Defensa, adquirir las unidades navales proyectadas, su prudente y conciliadora conducta respecto de las fuerzas armadas le hacen acreedor al reconocimiento de todos los chilenos, en una época de agitaciones peligrosas.

El gobierno de Alessandri, no sólo ejecutó sabias y útiles reformas, sino que también supo apreciar las emprendidas por algunos de sus antecesores, y se empeñó en continuar aplicándolas,

En este caso se encuentran la Caja de Crédito Agrario, fundada por el Presidente Emiliano Figueroa, la Caja de Colonización

Agrícola, la Planta de Pasteurización de la Leche, establecidas por el general Ibáñez, y el Servicio Dental Obligatorio en la enseñanza pública, dictado por el Presidente provisional *de facto* Carlos Dávila.

Estas tres innovaciones marcan época, y contribuyen a mejorar la salud de los ciudadanos y a fomentar de una manera poderosa el cultivo agrícola.

Entretanto, el tiempo corría con rapidez, y se aproximaba la fecha de las elecciones parlamentarias, que se verificaron el domingo 7 de marzo de 1937.

El resultado de ellas no alteró la composición de las Cámaras. Las derechas obtuvieron una pequeña mayoría en una y otra rama del Congreso.

Esto dió alientos a los partidos de gobierno, que creyeron conseguir un triunfo fácil para su candidato a la Presidencia de la República, o sea, don Gustavo Ross. El Presidente no era de esta misma opinión en su fuero íntimo.

El señor Ross pasaba por ser multimillonario, aunque muy pocas personas lo supieran de seguro, pues la mayor parte de su fortuna, se decía, se hallaba depositada en bancos extranjeros.

Pero sus amigos prometían que gastaría lo que fuera necesario para alcanzar la victoria.

Habíamos vuelto a los tiempos en que el rey de España vendía las presidencias de América por un precio alzado. Es muy sabido que Juan Andrés de Ustáriz compró la de la Capitanía General de Chile en la suma de 24.000 pesos.

En pleno siglo XX, la infame práctica del cohecho de los electores hacía posible la realización de aquellos planes.

A esto se agregaba que el prestigio del señor Ross había crecido mucho con sus grandes aciertos financieros.

En cambio, se hacían valer contra él gravísimos cargos, de los cuales eran los principales estos dos. En primer lugar, podía considerársele como un extranjero, pues había vivido la mayor parte de su edad adulta

fuera del país, y, en seguida, era entonces el representante más caracterizado de la política de la oligarquía. No se opondría sin duda a mejorar la condición de las clases trabajadoras, pero siempre de acuerdo con los poseedores de la tierra del país y con los dueños de fábricas, y, en ningún caso, en la proporción que pretendían los desheredados de la fortuna.

El segundo gobierno de Alessandri se presentaba por sus enemigos como de una profunda desilusión para los obreros de la ciudad y para los trabajadores del campo. Estimulados por la propaganda socialista y comunista, habían elevado, con verdadero desconocimiento de la realidad del país, sus pretensiones de bienestar privado y de intervención en el gobierno.

Pero Alessandri se había propuesto en su segunda presidencia, como verdadero estadista que era, consolidar a cualquier precio el régimen constitucional, y con ello concluir con el espíritu de rebelión de ciertos grupos políticos, someter a la más severa disciplina y obediencia a las fuerzas armadas, para lo cual no trepidó en alejar de las filas a los generales y almirantes que habían intervenido en las asonadas,

El mismo paso dió para con los oficiales que les seguían. Así, el ejército no tuvo un general a su frente durante un tiempo y la armada quedó a cargo de un comodoro.

Este acto de Alessandri revela la audacia de su coraje cívico y la firmeza de su carácter.

Se había propuesto también sanear la hacienda pública, aunque la impopularidad envolviera su gobierno. Otra vez el estadista y el patriota tomaba plenamente la responsabilidad de sus funciones de gobernante.

No puede negarse que el segundo gobierno de Alessandri, con Ross a la cabeza, representó en América el raro caso de un país con sus finanzas saneadas y al día. Fué así el de este gobierno un verdadero milagro.

El Presidente Alessandri estaba convencido de que debía poner en pleno ejercicio la

constitución de 1925 y afianzar el régimen presidencial en ella consagrado.

Quería Alessandri restablecer la tradición constitucional de Chile y dar al gobierno una autoridad fuerte y vigorosa, superior a todos los embates de los partidos políticos y grupos, y no cabe duda que lo consiguió, con lo cual, en cumplimiento de un deber ineludible, llegó a sacrificar parte de su gran popularidad.

Por otra parte, el pueblo vió esfumarse muchas de sus ilusiones con la política de orden inflexible del Presidente. Sin estridencias y en forma positiva, el gobierno de Alessandri atendió con solicitud los intereses sociales de las clases popular y media; mediante creaciones y reformas de verdadero interés.

En contra de los espejismos de los bandos conservadores, la lucha se presentaba incierta y amenazadora. El resultado fué adverso a las derechas y confirmó el punto de vista de Alessandri.

“En octubre 25, de 1938, tuvo lugar una revolución pacífica, asegura Mr. Haring, pues el llamado Frente Popular, que era una coalición de partidos y grupos izquierdistas, triunfó en la elección presidencial contra la oligarquía conservadora que antes había monopolizado el poder político. Gustavo Ross, candidato de las derechas, fué apoyado por conservadores, liberales, algunos radicales y la fracción moderada de los demócratas. El candidato *frentista*, Pedro Aguirre Cerda, dispuso de la mayoría del radicalismo, de los socialistas, el ala izquierda de los demócratas y los comunistas. Un tercer candidato fué el antiguo presidente Ibáñez, por el partido nacista; pero quedó eliminado por su supuesta participación en la revuelta del 5 de septiembre de 1938, y entonces los ibañistas se agregaron a las izquierdas para acompañar a Aguirre. A pesar de tan extraño matrimonio de conveniencia, que concentraba todos los elementos de oposición tras un candidato único, los partidarios de Ross, confiando en todo caso con el concurso moral del gobierno, esperaban una victoria fácil.

“El desenlace de esta agria elección fué el triunfo del señor Aguirre Cerda por un estrecho margen. Los conservadores triunfaron en regiones agrícolas, donde votan generalmente los *inquilinos* aleccionados por sus patrones; pero en las ciudades importantes y en los distritos cupríferos y salitreros

los trabajadores decidieron la victoria de Aguirre” (1).

Según el escrutinio general practicado por el Tribunal Calificador, Aguirre Cerda obtuvo 222.720 electores y Ross 218.609 votos.

(1) *El Mercurio* de Santiago. Número de 12 de mayo de 1939.

Hispanoamérica (*)

EL PLAN DE ESTUDIO

El plan de este trabajo se reduce a diseñar las diferentes etapas por que han atravesado las regiones que conquistó España, y a referir cómo, ya por los impulsos propios de la madre patria, ya por los naturales bríos de sus descendientes americanos, las nuevas repúblicas se encuentran en el camino real de los progresos modernos.

Capítulo I

PANORAMA INDÍGENA

La América a fines del siglo XV era un inmenso continente poblado de numerosos

pueblos, que se hallaban en diferentes grados de cultura, pero que estaban muy lejos de poseer la civilización europea. Para alcanzarla, habrían necesitado de muchos siglos de continuos esfuerzos.

Su estado actual se debe a los países colonizadores del Viejo Mundo: a España, a Inglaterra, a Portugal, a Francia, a Holanda y a Italia. Si América no hubiera sido descubierta y conquistada por los europeos habría quedado en el letargo y en el atraso por tiempo indefinido.

Los americanos debemos, pues, agradecer a los conquistadores su intensa y abnegada labor de progreso.

Por desgracia, esta obra fecundadora aún no se halla concluída, y Europa está obligada a completarla ayudándonos a dominar a la naturaleza en vastas extensiones de territorio y ayudándonos a civilizar a millones de indígenas que permanecen en la barbarie primitiva. El continente americano no está todo incorporado en la sociedad de las naciones cultas.

A fin de apreciar con exactitud los beneficios derramados en el Nuevo Mundo principalmente por españoles, ingleses, portugueses y franceses se hace necesario examinar el estado en que encontraron a los aborígenes en los siglos XV y XVI. Esta es la razón del presente capítulo, que equivale a la portada del libro que va a leerse.

Ninguna de las corporaciones sabias de Europa admite que el hombre sea autóctono en América.

Uno de los principales argumentos en que

(*) El nombre de Amunátegui Solar fué saludado en 1936 en los centros cultos de las repúblicas hispanoamericanas y de Europa, como el de un brillante historiador continental con motivo de la publicación de su notable obra intitulada *La emancipación de Hispanoamérica*, editada por las Prensas de la Universidad de Chile. En este libro, de un poco más de doscientas y tantas páginas, el escritor, con un amplio caudal de información, estudió el estado en que se encontraban los dominios españoles a la época de la emancipación hacia 1810. En sus páginas, una erudición riquísima que anima una exposición muy bien escrita literariamente, seduce al lector para luego admirar la excelente arquitectura del libro, el método empleado y de la distribución de las materias. En casi todos los países americanos, los especialistas en esta clase de estudios felicitaron a Amunátegui Solar. Halagado con estos triunfos, decidió su autor escribir el antecedente de su libro, o sea, la historia de las posesiones españolas desde el descubrimiento, conquista y colonización hasta las reformas administrativas de Carlos III en el siglo XVIII. Por los capítulos que Amunátegui Solar dejó escritos, es el método empleado en la narrativa el que debe ser señalado, método de comprobación y de crítica. Los capítulos de *Hispanoamérica* que, inéditos hasta ahora, damos a la publicidad fueron de los últimos escritos de su autor, junto con los de su otra obra inacabada *Teatro Político (1810-1910)*, que publicamos en la obra póstuma del historiador intitulada *La Democracia en Chile*, 1946.

Entregamos tal como los hemos encontrado entre sus papeles los capítulos inéditos que publicamos.—G. F. C.

se fundan los etnólogos modernos para sostener que los hombres han tenido su origen en el Viejo Mundo consiste en la falta de los grandes elementos de cultura que caracterizaba a los habitantes de nuestro continente. Ellos no conocían los cereales panificables, ni utilizaban los grandes cuadrúpedos, ni habían inventado los arcos, los arados, las ruedas.

El maíz, que reemplazaba al trigo en México y en el Perú, no era un cereal panificable. De igual suerte, carecían los aborígenes de cuadrúpedos que les proporcionaran carne y leche, y les sirvieran para tirar carruajes.

La clasificación más comúnmente admitida reconoce tres grupos humanos: el polinesio y europeo, el australiano y africano, y el asiático y americano. Los primeros tienen la piel blanca y el pelo ondulado; los segundos, la piel negra y el pelo rizado o lanudo; y los terceros, la piel amarilla o roja, los ojos en forma de almendra y el pelo lacio.

“El grupo europeo polinesio, advierte Pereira (1), se considera como el tronco del que divergen y se especializan los otros dos. Y, a su vez, los americanos son rama divergente de los asiáticos...”

La opinión más generalizada entre los americanistas es que el Nuevo Mundo fué poblado hace miles de años durante uno de los períodos interglaciales.

La cultura indígena americana no era uniforme. Tuvo, eso sí, manifestaciones de superior florecimiento en la alta meseta mexicana, en Centroamérica y en la cadena de los Andes.

Estas áreas culturales del mundo precolumbino son:

- I La Náhoa;
- II La Maya-quiché;
- III La Chibcha;
- IV La Incásica.

“En ellas se encuentran el grado más alto de organización gubernamental, la agricul-

tura más intensiva, las artes más desarrolladas. Pero hay caracteres que distinguen cada una de estas áreas. Así, por ejemplo, en la náhoa se observan tribus dominadoras que llevan las instituciones militares a un estado, no de perfección, pero sí de supeditación de todas las manifestaciones sociales, hasta el extremo de hacer especialmente crueles las prácticas religiosas. En el área maya-quiché la arquitectura se manifiesta con deslumbradoras delicadezas ornamentales; el calendario es de una exactitud pasmosa; la escritura toca los límites del fonetismo. En el área chibcha se ve un pueblo de orífices incomparables. Los incas son constructores de edificios monumentales y de caminos; sus obras de riego forman grandes sistemas; la centralización gubernativa llega a su mayor pujanza; en las artes, la cerámica reviste caracteres de admirable pureza y distinción”.

Las otras áreas eran de cultura inferior, desde la de los esquimales hasta la de los fueguinos. En ellas, había pueblos nómades, cazadores y pescadores, y pueblos agrícolas, de cultivos rudimentarios.

En la América primitiva se utilizaban los siguientes cuadrúpedos: los renos, los bisontes, los perros, las llamas. Los tres primeros géneros pertenecían a la América del Norte, y las llamas, a la región incásica.

El bisonte no era susceptible de domesticación, y en México y en Centroamérica el transporte se hacía a espaldas de los naturales. Las llamas sólo soportaban una carga de cincuenta kilos, de tal modo que los hombres debían reemplazarlas en caso necesario.

El centro principal de la cultura en el Nuevo Mundo se hallaba en la meseta de *Anáhuac* —entre las aguas—, nombre que se extendía a todo el territorio que después se llamó *Nueva España*. Esta era la región de los *náhoas* o *nahuas*.

Diferentes pueblos se disputaron en ella la dominación. La historia de los *aztecas*, o mexicanos, sólo se conoce, más o menos, desde dos siglos antes de la conquista.

México fué fundada en la mitad del siglo

(1) Carlos Pereira, *Breve Historia de América*. Madrid, 1930.

XIV en la laguna de *Tezcoco*, donde los sacerdotes habían visto un águila posada sobre un nopal. Este es el origen del escudo de armas de la moderna república.

Según una de las versiones más aceptadas, los aztecas eran tributarios de las tepanecas, y más tarde sus aliados. Juntos vencieron al señor de *Tezcoco*.

Posteriormente, los aztecas y los tezcocanos celebraron estrecha alianza entre sí, y, coligados con una tribu tepaneca, ensancharon los ámbitos de su reino.

Moctezuma el mozo gobernaba a México cuando llegaron los españoles, y dominaba una extensa faja del territorio, desde el Golfo hasta el Océano Pacífico.

No todos los pueblos vecinos le eran favorables. Por el contrario, algunos como los *tlascaltecas*, se manifestaban sus feroces enemigos.

Los historiadores creen que, si los aztecas no hubieran sido derrotados por Hernán Cortés, habrían perdido con el tiempo su predominio sobre los pueblos rivales.

Las tribus indígenas del Anáhuac reconocían por base social y política el *clan* o *calpuli*, cada uno de los cuales poseía un extenso campo, que se repartía en lotes entre los jefes de familia para el cultivo. El *clan* era gobernado por diferentes administradores.

En la ciudad de México funcionaba un consejo formado con los representantes de estos *clanes*, y además, había otro consejo de funcionarios de las mismas corporaciones.

El jefe militar de los aztecas llegó a ser la suprema autoridad.

El comercio en el Anáhuac adquirió extraordinario desarrollo, gracias a la variedad de sus productos. Por la elevación gradual del terreno, desde el nivel del mar hasta las altas montañas, ofrecía todos los climas. Los mexicanos cultivaban el añil, el cacao, la vainilla, los plátanos y el maíz. En los cactus criaban la cochinilla, con la cual teñían de grana sus telas. Del maguay extraían la bebida espirituosa nacional llamada *pulque*,

fabricaban un papel blanco para sus pinturas y preparaban un alimento nutritivo.

En las principales ciudades se celebraban ferias cada cinco días, a las cuales concurrían numerosas personas, para comprar y vender productos. El más importante de los mercados, conocidos con el nombre de *tianquis* después de la conquista, se hallaba en un barrio de México, *Ilaltelolco*, el cual había sido al principio ciudad independiente. Allí se vendían oro, plata y piedras preciosas; esclavos de ambos sexos; plumas, mantas y otros tejidos; zapatos y cueros de tigras, leones y nutrias; frejoles y otras legumbres; gallinas, pavos, conejos, liebres, patos y venados; frutas de todas clases; tinajas y jarros de todos tamaños; tablas, vigas, camas y bancos; papel, tabaco, sal, navajas de pederal y pescado, y hasta el estiércol humano, que servía para objetos industriales.

La moneda corriente eran los tubos de pluma de ave llenos de polvo de oro, pedazos de estaño en forma de una t, y saquitos de cacao.

Los mexicanos habían hecho grandes progresos en el cultivo de los jardines, y en el lago de México podían admirarse las *chinampas* o jardines flotantes formados sobre balsas.

Los aztecas recogían el oro en las arenas de los ríos, y lo extraían de las entrañas de la tierra. Beneficiaban asimismo la plata, el cobre y el plomo; pero no conocían el uso del hierro.

Los ciudadanos se consagraban de preferencia a la carrera militar. Para el cultivo del campo y para el transporte de los productos servían los prisioneros de los pueblos vencidos, a quienes se reducía a la esclavitud. Como no había animales de carga, los prisioneros llevaban a la ciudad el cacao y la vainilla de la costa y de la ciudad a las diferentes poblaciones, los tejidos, las joyas, los mosaicos de luma, los jeroglíficos, las pinturas, los utensilios y todos los artefactos.

En *Tenochtitlán*, o México, se veían grandes palacios, donde vivían los señores. El

principal de estos edificios era el del soberano. De ordinario, se componían de dos pisos, y ofrecían salas inmensas, algunas de las cuales podían contener más de tres mil personas.

En las construcciones, empleaban los aztecas piedras, maderas y mármoles y revestían las paredes de estuco blanco.

La religión era sanguinaria. Adoraban como dioses a los planetas y a las fuerzas naturales: al sol, a la luna, a Venus, y a la tierra; al agua, al aire y al fuego. Pero veneraban de preferencia al dios de la guerra, o *Mexictli*, y al dios del aire, o *Quetzalcoatl*.

El templo de los náhoas se llamaba *teocalli*, o casa de dios. Consistía en un patio, más o menos extenso, cercado por una pared, en cuyo interior se levantaban una pirámide grande y otras menores. A ellas subían los sacerdotes por peldaños equidistantes. En la plataforma superior estaban contruídos los altares.

Tendida la víctima en la piedra del sacrificio, el sacerdote le abría el pecho con un pedernal y le arrancaba el corazón. Cada mes tenía sus fiestas, y cada fiesta sus víctimas. De ordinario, mataban a los niños y a los prisioneros tomados al enemigo. Los cadáveres eran entregados a los guerreros que los habían cogido en el combate y servidos en copiosos banquetes. Algunos historiadores calculan en dos mil las víctimas que perecían de este modo anualmente.

El sistema de numeración era muy sencillo. "El signo jeroglífico del número 5 en la mano del hombre. De allí partía todo el sistema: el dedo meñique era el 1, el anular era el 2, el mayor era el 3, el índice era el 4, la mano era el 5". Tenían nombres para diez, para quince y para veinte. Esta última era la base numérica, pues veinte se expresaba con la palabra *compohuali*, que era la cuenta de todos los dedos de manos y pies. Siete veintenas y diez era 150. El número 400 tenía su nombre especial. El número 800 era igual a $400 + 400$. El número 8.000 se expresaba con el vocablo significativo del

saco de cacao, que contenía el mismo número de granos.

Los conocimientos astronómicos de los náhoas eran escasos, pues no usaban otro instrumento de observación que el cuadrante solar; pero habían llegado a un alto grado de perfección en la medida del tiempo. "Su año civil estaba dividido en dieciocho meses de veinte días cada uno. Había además cinco días suplementarios, que no pertenecían a ningún mes y eran reputados aciagos. El mes estaba dividido en cuatro semanas de a cinco días, el último de los cuales era de fiesta y de mercado".

La escritura de estos pueblos se componía de jeroglíficos y bajo ciertos aspectos, se aproximaba al fonetismo.

La civilización *maya-quiché* había ya muerto cuando llegaron los españoles a América y de ella sólo quedaban vestigios en sus magníficos templos y palacios.

La zona de los mayas comprendía toda la península de Yucatán y una gran parte de la América Central. Entre ellos, no había un lazo de unión en la lengua; pues hablaban una gran variedad de dialectos.

La destrucción de esta poderosa cultura se atribuye por los etnólogos al cambio radical de las condiciones climatéricas. A un clima seco y templado sucedió un calor enervante y húmedo, cargado de emanaciones pútridas. Se agotaron las tierras de cultivos y reinó entre los habitantes la fiebre amarilla o vómito de sangre.

El territorio lingüístico de los *chibchas* se extendía desde Nicaragua hasta Guayaquil y dominaba en la meseta de Bogotá. Adoraban a los astros, y su vida económica, como la de los náhoas y mayas, tenía por base el cultivo del maíz. Además, conocían el uso de la *patata* o papa, que no servía de alimento al norte de Panamá, y el de la *coca*, que les daba energía para el trabajo.

Sus edificios no pasaban de ser modestas chozas; pero estos pueblos se distinguían por sus vistosos tejidos, su artística cerámica y sus finas joyas de oro. Eran también

muy diestros en el tallado del cristal de roca, y sobresalieron en la estatuaria.

Los chibchas hacían un comercio muy activo: se proveían de algodón y del oro de las tierras calientes, y exportaban esmeraldas y tejidos.

“En ninguna otra parte del Nuevo Mundo, observa don Carlos Pereira, se vió tan plenamente realizada una idea imperial como en el Perú”. La altiplanicie, civilizada por los incas, como las principales comarcas de América, había sido teatro de inmigraciones sucesivas, y, antes que la ocuparan los *quichuas*, había ostentado los esplendores de una cultura superior, de la cual sobreviven las espléndidas ruinas de Tiahuanaco, a orillas del lago Titicaca.

Esta poderosa nación probablemente había sido sumergida por algún cataclismo y reemplazada por el pueblo de los quichuas, cuyo imperio no contaba más de dos siglos a la llegada de los españoles.

Los quichuas, bajo el gobierno de los incas, encontraron en los habitantes de la región una base económica muy sólida, la comunidad agraria, y sobre ella organizaron su administración política y civil.

Los nuevos soberanos aseguraron la paz y la tranquilidad interna y, por medio de preceptos de una gran severidad moral, favorecieron el aumento de la población. A principios del siglo XVI, ésta oscilaba entre 11 y 12 millones de hombres. El infanticidio y el adulterio eran duramente castigados; la prostitución había desaparecido casi por completo y el matrimonio había llegado a ser obligatorio.

La mayor parte de los enlaces se hacían por compra que los indígenas concertaban con los padres de sus novias; pero se celebraban también matrimonios oficiales. Cada dos o tres años, los delegados del inca reunían a las doncellas en edad de casarse y las desposaban por vía de autoridad con los hombres solteros que aún no habían formado una familia.

La poligamia sólo se practicaba por los incas y por los altos funcionarios.

La base de la alimentación era la papa, y, en seguida, las legumbres.

El animal doméstico de mayor valor era la llama, que servía de acémila y de la cual aprovechaban los indígenas para hacer tejidos de su lana, para alimentarse con su carne y para convertir en combustible sus excrementos.

El imperio quichua se componía de castas perfectamente definidas. A la cabeza de ellas estaba el inca, que se decía hijo del sol, al cual adoraba todo el pueblo como la primera de sus divinidades. Después seguían los nobles, que recibían una educación especial. Los sacerdotes formaban una jerarquía distinta de la jerarquía civil. Digna de mencionarse era la institución de las *Virgenes del Sol*, consagradas al culto. Vivían aisladas del mundo, en un templo del Cuzco, capital del imperio. No debían ver jamás a un hombre, ni aun al inca y pasaban el tiempo ofreciendo sacrificios al sol.

Entre los nobles, figuraban los gobernadores o *curacas*.

El pueblo propiamente tal estaba formado por los agricultores, y los yanacunas, por último, eran verdaderos esclavos, o *criados perpetuos*.

La célula social primitiva del Perú, mucho antes de los incas, fué el *aillu*, clan formado por el conjunto de los descendientes de un antepasado común. Cada *aillu* era propietario de una extensión de terreno que, o bien era explotado por todos sus miembros (pasturajes y bosques), o bien, separadamente por las familias, a las cuales se hacía una repartición periódica.

Las incas respetaron esta posesión del suelo; pero, como la tierra fértil no era muy abundante, trataron de aumentarla por medio de terraplenes y canales de riego. Aprovecharon asimismo las laderas de los montes, donde construyeron graderías, defendidas por cercas de piedra, a fin de que no se corrieran los sembrados.

El terreno propio de cada *aillu* se dividía en tres partes: la primera para el sol, la segunda para el inca, y la tercera para la co-

munidad. Esta última se repartía a su vez en la forma que sigue. A cada matrimonio se concedía un *topo*, y, por cada hijo varón y por cada servidor, otro *topo*. A las hijas sólo se asignaba medio *topo*. El *topo* era el lote de terreno indispensable para la manutención de un hogar sin familia. Esta distribución se hacía anualmente.

Al jefe de la familia se daba asimismo una pareja de llamas.

Las tierras del soberano y del culto era explotada por todos los individuos de la comunidad. Las pertenecientes a las viudas, huérfanos, enfermos y soldados en campaña debían cultivarse por algunos miembros del aillu elegidos de antemano.

Los *hatunruna* u hombres del pueblo, recibían fajas de tierra en las asignadas al inca y al sol.

Estaban obligados al trabajo todos los varones de 25 a 50 años de edad, con excepción de los *orejones*, curacas y yanaconas. Se llamaban *orejones* los nobles, a quienes se horadaba las orejas y se les permitía llevar grandes aretes, que les alargaban mucho el lóbulo inferior.

Para arar, empleaban los quichuas unos palos de madera resistente, que introducían en tierra con ayuda de los pies, por medio de estacas clavadas en el extremo inferior. Empleaban como abonos los excrementos humanos, el estiércol de las llamas, el guano de las islas Chinchas y el pescado putrefacto.

La principal fuente de la propiedad particular eran las donaciones hechas por el inca, quien agradecía a sus súbditos, para recompensarles por grandes servicios, con mujeres, tierras, llamas, trajes y objetos preciosos. Las tierras así recibidas no podían ser enajenadas, pero sí transmitidas por herencia. En este caso, no se permitía repartirlas entre los herederos, quienes gozaban en común de sus frutos.

El sistema de numeración de los quichuas era decimal, y el instrumento de que se valían para sus cuentas se llamaba *quipu*. Este era un ramal de cuerdas, de distintos co-

lores y con numerosos nudos. Los funcionarios encargados del servicio estadístico eran los *quipocamayos*.

En el imperio, la alimentación, la casa y el vestuario se hallaban completamente reglamentados; de tal modo que no se conocía el exceso de demanda. Igualmente lo estaba la oferta. Cada individuo debía producir todo lo que necesitaba.

Los peruanos conocían el cobre, el bronce, la plata y el oro; pero, como los aztecas, no explotaban el hierro.

Las construcciones eran de diversas clases según las regiones. En la costa, las casas se componían de adobes; en la meseta, del mismo material, cuando se levantaban edificios de poca importancia, y de piedra, cuando se construían palacios, templos o fortalezas. Se conservan paredes formadas por bloques de roca dura que producen admiración por la maestría con que calzan las piedras unas con otras.

Los templos ofrecían un lujo extraordinario. En el gran templo de Cuzco, las paredes se hallaban adornadas, en su parte interior, con láminas de oro y plata, y, en el contorno exterior, con un friso de oro.

Las mujeres indígenas eran muy diestras en la hilandería, y en los tejidos de lana y algodón, y, a su vez, los hombres habían llegado a un alto grado de perfección en la tintorería.

La confección de cuerdas servía para construir puentes suspendidos, hamacas y redes de pescar. De ordinario, se fabricaban las cuerdas con fibras de maguey.

En la alfarería, los quichuas no conocían el arte de tornejar, y sólo usaban el sistema del vaciado.

Los incas hicieron grandes conquistas, y dominaron desde Quito hasta el río Maule; y, para hacerlo, dispusieron de un ejército perfectamente disciplinado, que en ocasión llegó a contar 200.000 hombres. Sus armas principales eran la honda, la flecha, las boleadoras, la maza, el hacha y la lanza. Como defensa, usaban el casco y el escudo de madera, rellenos de algodón.

El principal instrumento de unificación empleado por los incas fueron los caminos. De un extremo al otro de su imperio construyeron dos inmensas rutas: una por la costa, desde Tumbes, a través de las riberas del mar, hasta el desierto de Atacama, y otra, desde Pasto, por Quito, Cajamarca, Cuzco y el lago Titicaca, hasta Chuquisaca.

De trecho en trecho, establecieron en estas vías vastos edificios, llamados *tambos*, destinados a proveer de recursos a los viajeros. Por estos caminos transitaban también los correos, conocidos con el nombre de *chasquis*, quienes transmitían los mensajes del monarca.

Estos correos habitaban numerosas chozas, escalonadas en la ruta. Cada uno de los *chasquis* corría lo más rápidamente posible de una choza a otra, para entregar su mensaje al correo próximo, y así sucesivamente. Gracias a este sistema, una comunicación ordinaria sólo demoraba de 10 a 15 días desde Quito hasta Cuzco, y 4 días de Lima a Cuzco. Los quichuas cultivaban la música y a menudo tocaban la *quena*, especie de flauta vertical, de hueso o de caña, con tres o siete agujeros. Sus melodías estaban impregnadas de una tristeza muy propia del carácter nacional.

Entre estos indígenas, la literatura alcanzó extraordinario progreso. El pueblo era muy entusiasta por el canto, y en las fiestas sus poetas celebraban las virtudes de los antepasados. Hasta nosotros ha llegado el drama *Ollantay*, que, aunque adaptado al gusto moderno, revela los sentimientos tradicionales de los quichuas (1).

Tales eran las principales civilizaciones del Nuevo Mundo y, como se ve, entre ellas y las que florecían en España, Inglaterra, Francia e Italia, había un abismo de distancia.

Capítulo II

DESCUBRIMIENTO DE AMÉRICA

Sumario: Cristóbal Colón. Descubrimiento de las Antillas y del Continente. El nombre de América.

El descubrimiento de América fué un suceso trascendental para la suerte de la humanidad, y no lo fué menor el de su conquista y colonización. De nada habría servido comprobar que existía un Nuevo Mundo en medio del Océano si los europeos no lo introdujeran en el concierto de las naciones cultas.

Los descubridores y los conquistadores merecen en igual grado la gratitud de la posteridad. Hasta ahora, sin embargo, todos los aplausos y todos los panegíricos han sido encaminados a endiosar a quien vió primero la tierra americana, con perjuicio de los que, siguiendo sus huellas, la conquistaron de manos de los aborígenes y le infundieron la sangre y el espíritu de las razas arias.

En el espacio de cuatro siglos, la estatua de Cristóbal Colón ha sido labrada con idéntico entusiasmo por todos los pueblos, hasta que ha llegado a convertirse, más que en la imagen de un héroe, en el símbolo de un ser sobrenatural. Un escritor francés, el conde Roselly de Lorgues, se atrevió a proponer la canonización del célebre navegante.

Después de este paroxismo de admiración, estudios imparciales han ido reduciendo su figura a las proporciones de un hombre, extraordinario, si se quiere, pero lleno de vicios y defectos.

“Era un hombre extraordinario, dice el historiador mexicano Carlos Pereira, de ambiciones desmesuradas; gigante por la voluntad; poeta espontáneo que sabrá expresar en cláusulas de inflamado lirismo el sentimiento de la naturaleza; espíritu quimérico que perseguía planes absurdos con obstinación invencible, hasta realizarlos o hasta creer que los había realizado; duro, egoísta, insociable; sin dotes de administrador.

(1) Puede consultarse con provecho la obra de M. Luis Baudin, publicada en París en 1928, con el título de *L'empire socialiste des Inkas*.

Luchó y venció por su pertinacia. Fracasó finalmente por sus múltiples errores, aunque su sentimentalismo de perturbado atribuyó los contratiempos a persecuciones de perversos enemigos”.

Cuando apareció Cristóbal Colón en la corte de Castilla ya los portugueses habían avanzado mucho en las costas de Africa y descubierto el Congo. Todo el empeño del soberano de Lisboa era llegar a los mares de la India doblando el continente negro, para apoderarse de las riquezas de la especería.

Colón era un marino genovés, que se hallaba en toda la fuerza de la edad, pues aún no cumplía los treinta y cinco años. Había realizado numerosos y atrevidos viajes por el Mediterráneo y a través del Atlántico, se había casado en Portugal y le acompañaba un hijo de corta edad, llamado Diego.

Poseía, en consecuencia, las condiciones necesarias para que pensara en seguir una carrera definitiva.

Colón se proponía descubrir tierras nuevas, y aun llegar a la India, no por la ruta elegida por el Portugal, sino viajando al occidente. Esta audaz empresa, que concluyó por darle el triunfo después de amargos contratiempos, no podía considerarse entonces completamente desatinada.

Antecedentes literarios y geográficos daban base sólida a las ilusiones del marino genovés. Los escritores de Grecia y de Roma habían asegurado que la navegación atlántica con rumbo al occidente era posible, y, más aún, que a través de esos ignotos mares se hallarían nuevas tierras. Por lo demás, el descubrimiento de los archipiélagos de Madera, del Cabo Verde y de las Azores habían hecho concebir esperanzas de encontrar más allá, en el camino, otras y otras islas.

Desgraciadamente, los proyectos de Cristóbal Colón fueron detenidos por dos obstáculos insuperables: la guerra que sostenían los reyes católicos con los moros de Granada y las exigencias insaciables del pretendiente.

Uno y otro fueron vencidos, y, gracias a la protección de los monjes del convento de

la Rábida, de algunos grandes de Andalucía y de la propia reina doña Isabel, el viaje pudo realizarse, para gloria de España y bien de la humanidad.

Por las capitulaciones de Santa Fe, se concedieron a Colón el almirantazgo hereditario, el virreinato y gobernación de las tierras que descubriera, la quinta parte de las mercaderías y la décima de los metales y piedras preciosas.

El iluminado genovés había logrado vencer a los nobles y a los reyes. Había obtenido también el apoyo de una de las principales familias del puerto de Palos; pues resolvió acompañarle Martín Alonso Pinzón, con sus hermanos y parientes. Esta era una fuerza considerable. Los Pinzón gozaban de merecida fama, como expertos marinos; y su jefe, Martín Alonso, poseía gran carácter e influencia moral sobre sus paisanos.

Cristóbal Colón salió de Palos en la mañana del 3 de agosto de 1492. La tripulación, compuesta de un centenar de lobos de mar, iba repartida en tres embarcaciones: la *Santa María*, de propiedad de Juan de la Cosa, quien asimismo formaba parte de la expedición, y las carabelas *Pinta* y *Niña*.

El primer problema grave que se presentó a la perspicacia de Colón fué la elección de la ruta que debía seguir. Aún cuando la corte portuguesa guardaba profundo sigilo, se aseguraba que sus marinos habían descubierto tierras desconocidas navegando hacia el sudoeste, tal vez el Brasil y hacia el noroeste, o sea, el Labrador. Por lo demás, está comprobado que, a fines del siglo X o principios del XI, navegantes irlandeses visitaron las costas boreales de Terranova.

Descubiertas por ellos la Islandia y la Groenlandia, la distancia entre esta última y las tierras de Baffin era solamente de 240 kilómetros. Por otra parte, desde las Azores hasta la Nueva Escocia el camino era en la mitad más corto que el de las Antillas, elegido por Colón.

¿Por qué prefirió el glorioso marino la ruta más larga? Quizás se guió por los mapas de la época, que colocaban al frente de Es-

paña islas maravillosas. Quizás tuvo vagas noticias de viajes misteriosos realizados por atrevidos pilotos españoles o portugueses.

Lo cierto fué que Cristóbal Colón tomó una de las rutas más fáciles, de las islas Canarias a las Antillas, entre la corriente oceánica del golfo de México y la ecuatorial del norte, a través del tranquilo *mar de Sargazo*, que se hallaba entre ambas.

La expedición zarpó de las islas Canarias el 8 de septiembre y no volvió a ver tierra sino el 12 de octubre. La primera isla americana que encontraron fué la de *Guanahani*, perteneciente al archipiélago de las *Lucayas*.

Hoy no se sabe de una manera exacta cuál es esta isla privilegiada.

En el mismo archipiélago, Colón bautizó otras dos islas con los nombres de *Isabela* y *Fernandina*. En seguida, pasó a *Cuba*, que denominó *Juana*, por el príncipe heredero de los Reyes Católicos.

Visitó también a *Haití*, o sea, la *Española*. En ella, perdió la *Santa María* y con su tablazón construyó el fuerte de Navidad.

Antes de regresar a España, Colón nombró jefe del fuerte a Diego de Arana, primo de la madre de su hijo bastardo Fernando, y le dejó a la cabeza de treinta y nueve hombres.

En su viaje de vuelta, Colón se embarcó en la *Niña* y Martín Alonso Pinzón en la *Pinta*. Esta última fué la más ligera y se hallaba ya en Palos cuando la *Niña* entraba en la rada.

Durante la expedición, Martín Alonso había concebido un odio mortal contra el almirante, el cual le pagaba en la misma moneda; pero esta enemistad no tuvo consecuencias, pues Pinzón murió antes de haber saltado a tierra.

Colón fué recibido en triunfo por los reyes españoles; pero, por desgracia para su gloria, aseguró que Cuba formaba la extremidad occidental del Asia.

El segundo viaje de Colón asumió espléndidas proporciones. En 26 de septiembre de 1493 se hicieron a la vela en Cádiz dieciseis-

te barcos, con mil quinientos hombres. En el séquito del almirante iban varios personajes notables: el aragonés Pedro Margarit, de la corte del rey; el eclesiástico fray Bernardo Boyl; fray Antonio de Marchena, franciscano de la Rábida, y el doctor Chanca, médico de la Armada.

La expedición salió de la isla de Hierro, en las Canarias, el día 14 de octubre, y tomó un nuevo rumbo, que abrió la ruta de las Pequeñas Antillas. Entre ellas, se descubrieron la *Deseada*, la *Dominica*, la *Mari Galante*, la *Guadalupe*, la *Montserrat*, la de *Santa María la Redonda*, la de *Santa María la Antigua*, la de *San Bartolomé*, la de *Santa Cruz* y la de las *Once mil Vírgenes*. La última fué la de *Borinquén*, conocida con el nombre de *San Juan de Puerto Rico*.

En seguida, pasaron a la Española, donde había desaparecido el fuerte de Navidad, y no quedaba con vida ninguno de los soldados que lo guarnecían.

Colón fundó la ciudad de *Isabela* y reconoció las costas de Cuba y de Jamaica. Por orden suya, se levantó entonces un acta en la que pilotos y marineros declararon, bajo la presión del jefe, que habían llegado al continente.

Entretanto, los hermanos de Colón, don Diego y don Bartolomé, se habían adueñado de los negocios públicos. Este nepotismo produjo tal indignación entre los españoles que Margarit y fray Bernardo Boyl resolvieron volver a España y presentar sus quejas a los reyes.

Don Fernando y doña Isabel tomaron dos importantes medidas. En abril de 1495 enviaron un visitador, Juan Aguado, el cual llegó a la Española en el mes de octubre, y en la misma época declararon abiertas al comercio las islas de occidente.

Esta segunda resolución dió origen a numerosas expediciones particulares y a nuevos descubrimientos. En cuanto a la llegada del visitador, provocó el enojo de Colón y su regreso a Europa, en marzo de 1496. Ya en esta fecha Bartolomé Colón había trasladado a los habitantes de *Isabela* y fundado la

ciudad de Santo Domingo. Empezaba la empresa de colonización.

Los descubrimientos de los portugueses habían sido consagrados por la autoridad del Pontífice. Los reyes católicos, a su vez, solicitaron igual privilegio y lo obtuvieron. Por bula expedida en 4 de mayo de 1493, señaló la Curia Romana el meridiano que pasa 100 leguas al oeste de las Azores o del archipiélago del Cabo Verde, como línea de separación entre los dominios de ambas coronas.

Para evitar dudas y dificultades, el Portugal consiguió más tarde, por el *Tratado de Tordesillas*, celebrado en 7 de junio de 1494, que el meridiano divisorio se fijara 370 leguas al oeste de las islas del Cabo Verde. Este nuevo acuerdo dió a los portugueses la posesión del Brasil.

Cristóbal Colón realizó dos viajes más a las tierras americanas. En el tercero, zarpó de Sanlúcar de Barrameda a 30 de mayo de 1498, y, a fines de julio, llegó a la isla de la *Trinidad*, y descubrió la desembocadura del Orinoco. En esta ocasión, había tocado por primera vez las costas de tierra firme. Su gobierno en la Española fué desgraciadísimo y lo enemistó profundamente con los españoles de la isla. Estos le acusaron de connivencias desleales con algunos genoveses; pero el hecho no ha podido comprobarse, porque su hijo don Fernando sustrajo más tarde los autos del proceso. Lo único que se sabe de positivo es que la corte envió al comendador Francisco de Bobadilla como juez de pesquisa, y que éste hizo poner grillos al almirante y le encerró en una fortaleza.

Colón fué remitido a España, adonde llegó en noviembre de 1500. Su custodio pretendió quitarle las cadenas, pero el almirante se negó a consentirlo, para que la ofensa inferida a su persona fuera pública.

Los reyes le negaron desde entonces toda intervención en el gobierno de la Española y nombraron al comendador Nicolás de Ovando para que organizara la administración colonial.

En su cuarto viaje, Colón partió de Cádiz

con fecha 11 de mayo de 1511. No pudo desembarcar en Santo Domingo, por orden terminante de Ovando y recorrió las costas centrales de América, desde Honduras hasta la bahía del Retrete.

El almirante había salido de España con cuatro embarcaciones y menos de ciento cincuenta hombres. En su tentativa de colonizar a Veragua perdió una de sus naves y otra en Portobelo, y llegó a Jamaica con sólo dos, comidas de broma. Después de terribles sufrimientos, consiguió auxilios de Santo Domingo y pudo así regresar a la península en 4 de noviembre de 1504.

La protectora, la reina Isabel, falleció pocos días después, y él mismo murió en Valladolid el 21 de mayo de 1506.

Las tierras descubiertas por Colón no llevan su nombre, como habría sido lo justo, por culpa suya. El ilustre navegante concluyó la vida sosteniendo que había llegado directamente a la China y al Japón.

La cédula de libre navegación expedida por los reyes católicos había estimulado de un modo prodigioso la iniciativa particular, y el año de 1500 había sido fecundo en descubrimientos geográficos. Alvarez Cabral tomó posesión del Brasil; Alonso de Ojeda y Juan de la Cosa pasaron frente a las bocas del Orinoco, y reconocieron el golfo de Paria, dando el nombre de Venezuela a toda la región; Vicente Yáñez Pinzón descubrió la desembocadura del Amazonas, y Rodrigo de Bastidas exploró la costa del mar Caribe, desde el límite adonde había llegado Ojeda hasta el golfo de Darién. Todas estas exploraciones manifestaban la existencia de un nuevo continente, que no era por cierto el asiático.

Correspondía bautizarle a un marino florentino, llamado Américo Vespucio. Contratado por el rey de Portugal, en el año de 1501, se dirigía a la India cuando un cambio de rumbo le llevó al Brasil, donde encontró la mágica bahía de Río de Janeiro, con fecha 1.º de enero.

Repitió su viaje en 1503 y, al servicio de España, hizo dos nuevas expediciones aso-

ciado a Juan de la Cosa, para buscar un paso a las Indias por el golfo de Darién.

Cuando Vespuccio retornó a España, su nombre había adquirido una gran notoriedad, gracias a la relación de sus viajes hecha por él mismo a Francisco de Médicis, y a su condiscípulo Pedro Soderini, confaloniero de Florencia.

La carta escrita a Médicis fué impresa en 1504 y obtuvo mayor éxito y resonancia que las de Cristóbal Colón.

“Al sur de la línea equinoccial, decía Vespuccio, en donde los antiguos declararon que no había continente, sino un solo mar llamado Atlántico, pues cuando alguien afirmaba que allí había tierra todo el mundo se levantaba para objetar que esas tierras no estaban habitadas, yo he encontrado países más templados y amenos, de mayor población que cuantos conocemos. Es la *Cuarta Parte de la tierra*”.

Esta comunicación fué traducida al latín, al francés, al italiano y al alemán.

La carta dirigida al confaloniero despertó igual entusiasmo entre los geógrafos y letrados. En 1507, un geógrafo alemán, de apellido Waldseemüller, propuso en un libro compuesto por él, con el título de *Introducción de la Cosmografía*, que el nuevo continente se llamara *América*, en homenaje a Vespuccio, por haber sido el primero en comprender que era un nuevo mundo. La posteridad ha ratificado este acto imparcial y equitativo.

Capítulo III

LAS PRIMERAS CONQUISTAS Y COLONIZACIÓN

Sumario: Nicolás de Ovando. Don Diego Colón. Juan Ponce de León. Diego Velázquez. Alonso de Ojeda y Diego de Nicuesa. Vasco Núñez de Balboa. Descubrimiento del Mar del Sur. Juan Díaz de Solís. El Río de la Plata. Hernando de Magallanes. El Estrecho. La primera circunnavegación del mundo.

La administración de Ovando en la Española dió espléndido resultado. Su origen extremeño animó a sus paisanos para trasladarse a América, y, entre ellos, vinieron algunos de los grandes conquistadores.

Ovando, asegura un historiador moderno, fué hombre de escrupulosa integridad e inflexible energía, justo con los españoles, pero implacable con los indígenas una vez que se convencía o tenía sospechas de que alguno de sus jefes intentaba sublevarse. La relación hecha por Las Casas de tantas represiones sangrientas ha ennegrecido el nombre de Ovando, eclipsando casi completamente sus muy admirables cualidades de gobernador, sobre las cuales Oviedo insiste con entusiasmo.

Las Casas era un joven licenciado que formó parte del séquito de Ovando cuando éste se hizo cargo del gobierno en Santo Domingo. Algunos años más tarde, Las Casas recibió órdenes sagradas y concluyó su vida como religioso dominicano. La historia le reserva un sitio de honor por su defensa de los naturales de América; pero la crítica contemporánea ha comprobado que exagera y abulta en extremo la crueldad de los soldados del rey. Su obra más conocida es la *Brevisima Relación de la Destrucción de las Indias*. Este generoso protector de los americanos abogaba ardorosamente porque fueran reemplazados por esclavos negros.

En vista de la pereza natural de los isleños de la Española y de su tenaz resistencia al trabajo, Ovando había conseguido que los reyes católicos le autorizaran para emplearlos por la fuerza, en cambio de salarios fijados por él mismo, en las construcciones, en la extracción del oro y en las labores agrícolas. Puede afirmarse que el comendador Ovando fué el primero que organizó en el Nuevo Mundo el sistema de las *encomiendas*, ya que Cristóbal Colón no tuvo tiempo para hacerlo en debida forma.

Ovando encargó a algunos capitanes distinguidos la exploración y conquista de las islas más próximas. Entre éstas, la de Borinquén, hoy Puerto Rico, fué sometida gra-

cias a los esfuerzos de Juan Ponce de León.

Pocos años, no más de siete, permaneció Ovando en la Española, pues hubo de ceder su puesto al hijo de Cristóbal Colón, don Diego, quien pretendió el gobierno de la isla, con el título de virrey, a virtud de las capitulaciones celebradas por su padre con los reyes. Para conseguirlo, necesitó don Diego entablar juicio ante el Consejo de Indias; porque Fernando de Aragón se negaba a reconocer sus derechos.

Aun cuando la sentencia fué favorable a los Colón, el rey no le dió cumplimiento sino cuando don Diego celebró esponsales con doña María de Toledo, sobrina del duque de Alba.

Durante el gobierno del hijo del descubridor de América, Ponce de León dió término a la conquista de Puerto Rico, y el capitán Diego de Velásquez, autorizado por Colón, realizó la de Cuba. En ambas islas se establecieron, como en Haití, repartimientos y encomiendas. A nombre del rey, los naturales de la comarca fueron encomendados a los españoles de distinción, quienes debían vestirlos, alimentarlos e instruirlos en la fe cristiana y podrían servirse de sus brazos en las labores del campo, de la ciudad y de las minas.

En breve, la isla de Cuba se transformó en fuente de imponderable riqueza, gracias a dos plantas maravillosas, una originaria del país, y otra de Asia, importada por los españoles de las Canarias: el tabaco y la caña de azúcar.

Más o menos, en la misma época, dos soldados españoles consiguieron permiso del rey para colonizar las tierras del Darién: Diego de Nicuesa y Alonso de Ojeda. Después de ardiente disputa entre ambos, convinieron, en la isla Española, respetar como línea fronteriza de sus gobernaciones el río Atrato, que desemboca en el centro del golfo. La región oriental, con el nombre de Nueva Andalucía, sería para Ojeda, y la occidental, más tarde llamada Castilla del Oro, para Nicuesa.

Ojeda partió de Santo Domingo, en no-

viembre de 1509; logró imponerse a los naturales en sangrientos combates, y fundó el puerto de San Sebastián en la costa oriental del golfo de Darién.

No se vió libre allí, sin embargo, de la hostilidad de los indígenas, quienes empleaban flechas envenenadas. En uno de los encuentros, Ojeda fué atravesado en una pierna y se vió en la necesidad de quemarse la herida con hierros candentes.

La situación de los europeos era desesperada. Antes de salir de la Española, Ojeda había celebrado un contrato con el bachiller Martín Fernández de Enciso a fin de que éste le llevara al Darién un socorro considerable; pero, desgraciadamente, el auxilio no llegaba. Ojeda resolvió entonces embarcarse para ir en busca de su socio, y dejó como jefe en la ciudad a Francisco Pizarro, que ya revelaba sobresalientes condiciones.

Ojeda no debía volver al Darién, pues al poco tiempo murió en Santo Domingo, según aseguran algunos cronistas, a consecuencia de sus heridas.

Nicuesa, por otra parte, fué también muy desgraciado en su expedición a Veragua. Víctima de un espantoso temporal, perdió a un gran número de sus compañeros, y cuando pudo fundar la colonia de Nombre de Dios, sólo le quedaban cien hombres.

Fernández de Enciso, el socio de Ojeda, zarpó de Santo Domingo en enero de 1510 con dos barcos y ciento cincuenta españoles y al llegar a la bahía de Cartagena, se le reunió Francisco Pizarro y sus compañeros, que se habían cansado de esperar a Ojeda. La expedición habría concluído en este punto, si no hubiera sido por un aventurero de Jerez, Vasco Núñez de Balboa, que ocultamente se había agregado al séquito de Enciso. El indicado personaje les dió noticias de que en un viaje anterior, realizado en unión de Rodrigo de Bastidas, había descubierto una excelente bahía en la costa occidental del golfo de Darién.

En efecto, a los pocos días, después de un breve combate con los naturales, los compañeros de Enciso fundaron el pueblo de San-

ta María la Antigua en el sitio señalado por Balboa.

En medio de las penalidades de la situación, la discordia sentó sus reales entre los españoles y Enciso fué depuesto de su cargo de jefe. En su reemplazo, se eligieron dos alcaldes y, entre ellos, a Balboa, que había sido el principal instigador de la revuelta.

Evidentemente, los colonos de Santa María se hallaban en el territorio concedido a Nicuesa y, buscado por algunos de ellos, éste mismo, con el resto de sus hombres, se presentó a reclamar lo que le pertenecía.

Por desgracia, no contaba con Balboa, quien no le permitió permanecer en tierra. El infeliz Nicuesa careció de energía para imponerse y se hizo nuevamente a la mar. No se supo más de él. Probablemente pereció en un naufragio.

Balboa quedó como el verdadero jefe en el Darién. Convencido de sus altas cualidades y de los servicios que él había prestado a la colonia, don Diego Colón, virrey de la Española, le nombró gobernador interino en el año de 1511. Por su parte, el rey, inclinado a su favor por los informes de América, le extendió los despachos de Capitán y Alcalde Mayor de Tierra Firme.

Balboa manifestó entonces que poseía todas las condiciones necesarias para ser un gran explorador. De una audacia extraordinaria, no temió internarse en el continente, aunque carecía de muchos recursos y se hizo respetar de los belicosos habitantes del país.

En una de estas correrías, recibió una noticia que le llenó de satisfacción. Se hallaban sus soldados repartiéndose un valioso rescate de oro, en las tierras del cacique Comogre, cuando el hijo mayor de éste les increpó por el afán y codicia con que se disputaban el botín y les reveló que a poca distancia, tras las cordilleras, se extendía un vasto mar, donde gobernaba un poderoso imperio, que era dueño de incalculables riquezas.

Esta fué la primera luz que recibieron los europeos del reino de los Incas. Balboa, sin

embargo, creyó primeramente que el hijo de Comogre le anunciaba las ricas comarcas de Asia, con que habían soñado Cristóbal Colón y sus contemporáneos.

Desde ese mismo día, todos los esfuerzos del atrevido caudillo se encaminaron a emprender la deslumbrante jornada.

Los preparativos del viaje fueron, sin embargo, difíciles y, si no hubiera sido por la desagradable información de que sus enemigos le desprestigiaban en la corte y de que en breve sería destituido de su cargo, Balboa habría retardado la fecha de la partida.

En un bergantín y nueve canoas, embarcó 800 hombres, más o menos, de los cuales 190 eran europeos y los demás indígenas y, con fecha 1.º de septiembre de 1513, zarpó de Santa María la Antigua.

A los cuatro días llegó al puerto de Careta, que después se llamó Acla; dejó allí sus naves al cuidado de algunos españoles, y con el resto de ellos se dispuso a atravesar el istmo.

El camino ofreció algunos obstáculos, pero no insuperables. Hubo de atravesar numerosos ríos y combatir a los naturales de guerra. En estos lances, la hueste de Balboa salió vencedora y, con fecha 25 de septiembre, los guías anunciaron la vista del mar.

El día 29, Vasco Núñez penetraba en el Océano y tomaba posesión de él, con el pendón real en la mano y una espada desnuda en la otra, a nombre de los reyes de Castilla. La espaciosa bahía fué bautizada con el nombre de San Miguel, que era el santo del día.

Por su posición geográfica, el nuevo mar fué entonces bautizado con el nombre de *Mar del Sur*, en contraposición con el *del norte*, o sea, el *Atlántico*, conocido por los europeos.

Después del descubrimiento de América, ninguno había sido de mayor trascendencia que el realizado por Vasco Núñez. Por desgracia, la recompensa que obtuvo fué un suplicio ignominioso, que ordenó Pedrarias Dávila, nombrado por el rey gobernador de Castilla del Oro.

Los enemigos de Balboa lo habían hecho aparecer ante la corte como culpable del naufragio de Nicuesa y de la destitución de Enciso y habían provocado su desgracia en el ánimo del rey. Pedrarias Dávila, por su parte, mordido por la pasión de la envidia, no había vacilado en someterle a juicio, acusándole de rebelde contra su autoridad.

Condenado a muerte, Balboa fué decapitado en ese mismo puerto de Acla donde empezó su glorioso viaje.

El *Mar del Sur* iba a proporcionar una espléndida ruta para el Perú y para los mares de la India. Por lo demás, era una comprobación irredargüible de la existencia independiente del Nuevo Mundo.

Algunos años más tarde, un nuevo descubrimiento en las costas orientales de la América del Sur contribuyó a dar a conocer la forma de este continente y preparó la expedición de Magallanes, que fué el término y remate de los grandes viajes de exploración realizados por la corona de Castilla en el Nuevo Mundo.

En noviembre de 1514, entusiasmado Fernando el Católico con el hallazgo del *Mar del Sur*, encargó a su piloto mayor, el portugués Juan Díaz de Solís, que continuara explorando las costas orientales de América en una extensión de mil setecientas leguas. El soberano de España anhelaba descubrir el estrecho que, según el parecer de los geógrafos, necesariamente comunicaba el Atlántico con el océano descubierto por Vasco Núñez.

Un año más tarde, con fecha 8 de octubre, Díaz de Solís partió de Sanlúcar, con sesenta compañeros y, a principios de 1516, tuvo la rara fortuna de encontrar el Río de la Plata, que llamó Mar Dulce.

Deseoso de explorar esta corriente, el piloto mayor bajó de su barco y en una navicilla se acercó a la isleta más próxima. Desgraciadamente, ésta se hallaba poblada de salvajes, quienes le mataron a traición a él y a los demás españoles.

La vía de comunicación entre el Atlánti-

co y el *Mar del Sur*, descubierto por Balboa, debía ser atravesada por primera vez por un compatriota de Díaz de Solís, que dió pruebas de ser un navegante muy superior a Cristóbal Colón: Hernando de Magallanes.

Este ilustre portugués, que al servicio de su patria había combatido en los mares de la India y en Africa contra los naturales, consiguió de Carlos V, rey de España, le autorizara para continuar las exploraciones en América del Sur. El objeto de esta empresa era llegar a las islas de la especiería, o bien, por un estrecho que cortara el continente, o bien, por la extremidad meridional del Nuevo Mundo.

Las capitulaciones fueron firmadas en Valladolid el 22 de marzo de 1518.

Magallanes partió de Sanlúcar de Barremeda con una flotilla de cinco naves, en 20 de septiembre de 1519, acompañado de 270 hombres. De éstos, la mitad, más o menos, eran españoles y la otra mitad extranjeros: portugueses, italianos, franceses y de otras nacionalidades.

El viaje ofreció toda clase de peligros. Tan luego como llegaron a las Canarias, el capitán de la *San Antonio*, Juan de Cartagena, castellano de Burgos, se insolentó con Magallanes y éste se vió en la obligación de reprimirle. Pero la animosidad de ambos no se calmó por esto, y en las costas de Guinea volvió a repetirse el incidente, en tal forma que Magallanes ordenó la prisión de Cartagena.

Con fecha 13 de diciembre, al frente del Brasil, la escuadrilla penetró en una espaciosa bahía, que los españoles bautizaron con el nombre de Santa Lucía, por la santa cuya fiesta celebraba la iglesia. Este puerto era nada menos que el de Río de Janeiro.

El día 11 de enero de 1520, los expedicionarios llegaron al río de la Plata, último punto reconocido en estos mares por los súbditos del rey. El viaje duraba ya 113 días desde la partida de Sanlúcar. Magallanes ordenó explorar el estuario y, después de cerciorarse que no era el estrecho que buscaba,

zarpó de nuevo hacia el sur. Antes de quince días, una violenta tempestad puso en grave riesgo a la nave capitana.

Magallanes comprendió la necesidad de acogerse en una buena bahía para pasar el invierno, y así lo hizo en la de San Julián, a la cual arribó en 31 de marzo.

En este puerto estalló una grave revuelta, en que tomaron parte tres naves de la escuadrilla: la *San Antonio*, la *Concepción* y la *Victoria*. Pero Magallanes procedió con suma rapidez y energía. A viva fuerza se apoderó de la *Victoria*. En seguida, cerró la salida del puerto con los barcos que le permanecían fieles, y de este modo impidió que escapara la *San Antonio*, a la cual obligó a rendirse.

En medio de la refriega, el capitán de la *Victoria*, Luis de Mendoza, había sido muerto a puñaladas y Magallanes hizo descuartizar su cadáver. A su vez, el capitán de la *Concepción*, Gaspar de Quesada, fué decapitado, por orden del jefe. Con estas ejecuciones, el motín quedó vencido.

La verdadera razón de los insurrectos era la de que, fatigados en exceso por el viaje, querían regresar a Europa. Con una voluntad de hierro, Magallanes obligó a sus compañeros a seguir la navegación, hasta que obtuvo el triunfo.

En San Julián, vieron por primera vez a los habitantes del país, quienes en número reducidos se presentaron aisladamente. Eran hombres de una estatura gigantesca y cubiertos con una capa de pieles de guanaco. Las huellas en la arena dejaban comprender que tenían pies enormes. De aquí provino el nombre de *Patagones*, con que les bautizaron los expedicionarios y el de *Patagonia*, que desde entonces recibió toda la comarca.

Concluído el invierno, con fecha 24 de agosto, Magallanes dió orden de salir de la bahía y los barcos enderezaron rumbo al sur. Abandonados en la playa, aunque provistos de pan y vino en abundancia, quedaron, por sentencia del jefe, el castellano Juan de Cartagena y el clérigo francés Ber-

nardo Calmette, que habían sido de los principales rebeldes. Nunca más se supo de ellos.

El 21 de octubre de 1520, la escuadrilla llegaba al cabo de las *Once Mil Vírgenes*, a la entrada del Estrecho. Magallanes no se dió cuenta cabal del descubrimiento sino en 13 de noviembre, cuando volvieron a darle la grandiosa nueva tres marineros que había enviado en una chalupa, a fin de que subieran a un monte cercano y comprobaban si el canal desembocaba en el mar.

El entusiasmo de Magallanes y de sus compañeros no tuvo límites y sólo fué oscurecido por la desertión de una de las naves, la *San Antonio*, que, mandada por el piloto portugués Esteban Gómez, regresó a España por espíritu de rebeldía y de cansancio.

La escuadrilla estaba entonces reducida a tres naves: la *Concepción*, la *Victoria* y la *Trinidad*. La *Santiago* había naufragado en las costas de Patagonia y la *San Antonio* desertado villanamente.

Aunque algunos de los principales jefes dudaran del éxito de la empresa, Magallanes continuó adelante con fe incontrovertible. En esta febril exploración, divisaron una noche gran número de fogatas en las tierras que se extendían al mar y por esta causa las llamaron *Tierra del Fuego*, nombre destinado a perdurar.

Por último, el 28 de noviembre, los tripulantes de la *Victoria* descubrieron el cabo *Pillar* y la desembocadura del estrecho en el gran Océano, que Magallanes bautizó con el nombre de *Pacífico*.

El estrecho mismo, que, según testimonio autorizado, recibió de los compañeros de Magallanes el nombre de las *Once Mil Vírgenes*, se conoce hoy con el de su glorioso descubridor, como merecido homenaje al navegante más ilustre que presenta la historia.

La marcha al través del Pacífico fué amargada con terribles sufrimientos, que Magallanes soportaba con estoica resignación.

Los alimentos se habían concluído y los expedicionarios se alimentaban con galletas corrompidas, y bebían un agua pestilente. Las

ratas mismas llegaron a ser un bocado exquisito. Muchos hombres murieron de escorbuto.

Todo el anhelo de Magallanes era llegar a las *Molucas*. Por desgracia, los instrumentos no le obedecían, y se hallaba extraviado en medio del inmenso océano. Las constelaciones celestes no le ayudaban a enderezar el rumbo, porque eran distintas de las que estaba acostumbrado a observar.

Felizmente, el 6 de marzo de 1521 encontró un archipiélago, que denominó de *Los Ladrones*, donde pudo renovar sus bastimentos. Estas eran las islas conocidas con el nombre de *Marianas*, en honor de la reina doña Mariana de Austria, viuda de Felipe IV.

La expedición se hallaba salvada. La escuadrilla entraba a la zona de los archipiélagos de Asia. A mediados del mismo mes de marzo, llegaron a las islas que distinguieron con el apelativo de San Lázaro, hoy las *Filipinas*.

Magallanes entabló amistad con el soberano de la isla de Cebú, el cual consintió en recibir el bautismo. Por desgracia, no obtuvo igual acogida en la isla de Mactan, y cometió el error de aventurarse en un combate con los naturales. Esta fué la causa de su muerte. Magallanes y seis de sus compañeros perdieron allí la vida rodeados por una muchedumbre de indígenas, que descargaron sobre ellos toda clase de proyectiles. Este luctuoso acontecimiento ocurrió el 26 ó 27 de abril de 1521.

El mismo rey de Cebú traicionó a los europeos y en una celada dió muerte a 24 de ellos.

Los sobrevivientes resolvieron alejarse pronto de aquellas tierras inhospitalarias, pero, antes de hacerlo, pusieron fuego a la *Concepción*, que se hallaba muy estropeada, en vista de que, por la disminución de la gente, había escasez de pilotos y de tripulaciones.

La *Trinidad* y la *Victoria* continuaron el viaje con suerte varia. A las veces fueron recibidas con agasajos y colmadas de regalos y provisiones, pero inmediatamente después

se vieron atacados por los isleños. Perdieron en esta ocasión varios tripulantes.

Por fin, en el día 8 de noviembre, llegaron a las *Molucas*, objeto de todas sus ansias e ilusiones.

Después que las naves llenaron las bodegas con especias, se prepararon para hacer el viaje de regreso a España. Por desgracia, la *Trinidad* no pudo continuar a causa de sus grandes averías y hubo de quedarse para repararlas. Su destino era no salir de los archipiélagos de Asia. En el año de 1522 cayó en poder de los portugueses y una marejada la estrelló contra un banco de piedras, destrozándola por completo.

La *Victoria*, por su parte, emprendió la navegación de vuelta por la ruta del Cabo de Buena Esperanza. Sus tripulantes eran 47 europeos y 13 indígenas, pero tales fueron los temporales y desgracias que la asaltaron en el camino que, al llegar a Sanlúcar de Barrameda, en 6 de septiembre de 1522, al cabo de tres años de viaje, sólo llevaba 18 tripulantes de los 60 que habían partido de las *Molucas*.

Carlos V premió al piloto Juan Esteban del Cano, que había mandado la nave, con una pensión vitalicia y un escudo de armas, en el cual se hallaban pintados el globo terráqueo y esta inscripción: *Primus circumdediste me*.

Este maravilloso viaje, no sólo dió a conocer de una manera exacta la forma de la América del Sur y la transitabilidad del Océano Pacífico, sino que también comprobó la esfericidad de la tierra.

En cambio provocó nuevamente agrias discusiones entre las coronas de Castilla y Portugal sobre sus derechos a las islas del Océano. Los portugueses sostenían que las *Molucas* se hallaban dentro de sus dominios por la línea de demarcación fijada en el tratado de Tordesillas.

En realidad, no lo estaban, como puede comprobarse si se prolonga hasta los antípodas el meridiano que pasa a 370 leguas al oeste de las islas del Cabo Verde. Pero en aquellos tiempos era imposible hacer una

determinación exacta de la línea demarcadora, por falta de medios apropiados para medir longitudes.

Ambos reyes convinieron entonces en someterse al fallo de un congreso de astrónomos y jurisconsultos. Reunido este cuerpo en la frontera de España con Portugal, no llegó a ningún acuerdo, y Carlos V, que se veía bajo el peso de graves dificultades financieras, renunció al tráfico con las Molucas, en el año de 1529, por una insignificante suma de dinero, que le pagó el rey lusitano. Aceptó asimismo una nueva línea de demarcación en los mares de Asia; la cual quedaba a los 17 grados al este de las mencionadas islas.

Pero este convenio no fué respetado y, posteriormente, bajo Felipe II, España tomó posesión de las Filipinas, que habrían debido pertenecer a Portugal.

Capítulo IV

CONQUISTA DEL TERRITORIO MEXICANO

Sumario: Hernán Cortés. Prisión y muerte del soberano de los aztecas. Expedición de Pánfilo de Narváez. Triunfo definitivo de Cortés y de sus compañeros.

Nuevos descubrimientos y conquistas fueron ensanchando la esfera de dominación de la corona de Castilla en el golfo de México. Uno de los principales hallazgos fué el realizado por Juan Ponce de León a principios de 1513 en la península de la Florida, que llamó así por haberla encontrado en el día de Pascua de Resurrección. No alcanzó desgraciadamente a dejarla sometida al rey de España.

Así como la Española o Santo Domingo, había sido el centro de donde partieron audaces exploradores, Cuba llegó a ser bajo el gobierno de Diego Velásquez el origen y fuente de las expediciones que remataron en la más grande conquista del Nuevo Mundo.

En 1517, Francisco Hernández de Córdoba fué autorizado por Velásquez para emprender una correría a las islas adyacentes con el fin de tomar esclavos, y descubrió la península de Yucatán. Era la primera tierra americana donde los españoles vieron edificios de piedra e indígenas vestidos de telas de algodón.

Desgraciadamente, estos naturales no eran pacíficos y atacaron a los expedicionarios con tal fiereza que mataron a varios e hirieron a los demás. Hernández de Córdoba falleció muy pronto en Cuba a causa de sus heridas.

Las halagadoras noticias de los compañeros de Hernández de Córdoba entusiasmaron al gobernador Velásquez y le indujeron a preparar una nueva expedición. Esta fué dirigida por el capitán Juan de Grijalva.

A mediados de 1518, estos exploradores recorrieron las costas de México, desde la isla de Cozumel hasta el Cabo Rojo y regresaron a Santiago de Cuba, después de comprobar que en aquellas tierras vivía un pueblo culto y poderoso. Habían recogido algunas prendas de oro y entrado en amistad con representantes del principal soberano del país, que lo era el monarca Motecuzoma.

Las fantásticas relaciones de los soldados de Grijalva estimularon a Velásquez para organizar una gran empresa, con el pretexto de rescatar piezas de oro, en cambio de cuentas verdes y vidrios azules, pero en realidad para conquistar y poblar el famoso reino descubierto por sus subalternos.

Velásquez no podía proceder con franqueza, porque carecía de la regia autorización; pero, eso sí, se apresuró a solicitarla y la obtuvo. Con fecha 13 de noviembre de 1518, Carlos V le dió permiso para descubrir islas y tierra firme, le nombró adelantado de las tierras que dominara y le otorgó considerable participación en los provechos que alcanzara.

Cuando esta real cédula llegó a manos de Velásquez ya había partido la expedición.

El gobernador de Cuba había elegido para que la acaudillara a un hidalgo de Me-

bosques balsámicos de incomparable belleza y en seguida empezó a subir la meseta. En el camino llegó al territorio ocupado por los trascaltecas, enemigos jurados de los aztecas. Cortés se había ilusionado con la esperanza de conseguir su apoyo con facilidad, pero se equivocó grandemente, y en los primeros días del mes de septiembre tuvo necesidad de sostener cruentos combates con el jefe militar de ellos, el joven caudillo Jicotencatl. La fuerte disciplina de los españoles, sus armas de fuego y sus caballos vencieron, sin embargo, a los numerosos escuadrones indígenas.

Después de reiterados esfuerzos, Cortés obtuvo la amistad de los trascaltecas, que se mantuvo inalterable durante toda la conquista y, acompañado por algunos miles de ellos penetró, por fin en los dominios de Motecuzoma.

En vez de marchar directamente a la capital, resolvió desviarse del camino y someter primero la población de Cholula, que era un centro de importancia.

Allí le esperaba una gran traición de los habitantes, que en un principio les habían recibido con agasajos y después les escatimaron los alimentos. Descubierta el plan de los enemigos, Cortés se adelantó a los sucesos y sacrificó cruelmente a los indígenas que fueron a su alojamiento a ofrecerle el auxilio de sus brazos para transportar los bagajes.

Los trascaltecas, por su parte, con la autorización de Cortés, consumaron el castigo ayudando a los españoles a destruir los edificios de la ciudad y a matar a sus moradores. El número de las víctimas se contó por miles.

Este escarmiento permitió al ejército invasor continuar avanzando y, aun cuando Motecuzoma repetía continuamente su negativa para que llegaran hasta la capital, los europeos no se detuvieron un momento y lograron penetrar en una de las calzadas que conducían a la ciudad de México, llamada por los naturales Tenochtitlán.

Motecuzoma mismo se vió obligado a salir al camino público para recibir a los fo-

rasteros. Iba en lujoso palanquín, rodeado por grandes señores, no sólo de su reino, sino también de los países aliados. Tan luego como encontró a los españoles, bajó de las parihuelas y se adelantó hacia Hernán Cortés, quien también descendió del caballo.

Uno y otro cambiaron vistosos collares y dieron muestras de extraordinario regocijo.

Los españoles fueron alojados en el palacio del padre de Motecuzoma, que era suficientemente vasto para que dentro de su recinto cupieran españoles y tlascaltecas.

A la vista de esta gran ciudad, comprendieron los compañeros de Cortés que no era fácil empresa la que se hallaban ejecutando, y, como garantía para sus personas, creyeron indispensable realizar un acto temerario.

En el día 14 de noviembre, Hernán Cortés y cuatro de sus capitanes más resueltos se dirigieron al palacio de Motecuzoma, le enrostraron que, por orden suya, sus súbditos hubieran atacado el fuerte de Veracruz y asesinado al jefe español Juan de Escalante, y le tomaron prisionero, para que explicara su conducta.

Con tal objeto, contra su voluntad, le trasladaron al palacio de los españoles. Le habían amenazado con quitarle la vida si se resistía a obedecer.

Como puede comprenderse, esta humillación de su soberano causó profunda tristeza y desaliento entre los señores aztecas que le rodeaban.

Cortés no se detuvo por ello en su conducta cruel e imperiosa. Consiguió del jefe azteca que le entregara a los culpables de la matanza de Veracruz y los condenó a la hoguera. De esta suerte, creyó atemorizar a los súbditos del poderoso monarca.

En seguida pidió a Motecuzoma que jurara obediencia y vasallaje al rey de España y, sin ninguna oposición, así lo hizo el rey mexicano, en compañía de los grandes de su corte.

Con este motivo, los españoles recibieron valiosos presentes de oro, que avalúan personas idóneas hasta en dos millones de duros.

Cortés dió entonces un rudo golpe a la nación que se empeñaba en sojuzgar y con su propia mano derribó y destruyó los ídolos de uno de los santuarios de la ciudad. En su reemplazo, erigió dos altares, adornados con imágenes cristianas.

Esta profanación aumentó el dolor de los aztecas y provocó en ellos profunda cólera. Así lo manifestó Motecuzoma a Hernán Cortés, a quien aconsejó se retirara inmediatamente de la capital con todos los suyos, si no quería ser sacrificado.

Otro peligro más inmediato amenazó entonces a los audaces conquistadores. Irritado Velásquez por la desobediencia de Cortés, había resuelto enviar una armada poderosa para arrebatárle el mando. Y tal como lo había proyectado logró realizarlo. Diecinueve barcos, ocupados por un ejército de mil cuatrocientos hombres, fueron puestos bajo las órdenes de Pánfilo de Narváez, quien había dado pruebas de gran valor en la conquista de Cuba.

Cortés tuvo noticias de esta armada por el propio Motecuzoma, y, juzgando que era necesario desbaratar con rapidez a los enemigos, a mediados de mayo de 1520 se puso en marcha hacia la costa. En el camino llegó a reunir trescientos españoles y cuatrocientos indígenas.

Con anticipación había enviado al mercenario Bartolomé de Olmedo, a fin de que tratara de ganarse el ánimo de Narváez y de sus soldados. Narváez trató mal al capellán, pero éste supo conquistar la buena voluntad de los jefes que acompañaban a aquél.

Cuando Cortés llegó a Cempoala, donde acampaban los enemigos, la mitad de la labor encomendada a Olmedo estaba ya efectuada. Los artilleros no debían disparar y la caballería debía entregarse a discreción. Después de un corto combate, en el cual perdió un ojo, Narváez fué hecho prisionero.

Cortés había perdido dos hombres y el enemigo diecisiete.

De repente, Cortés se encontró dueño de una numerosa escuadrilla y de un ejército de más de mil soldados.

Por desgracia, Pedro de Alvarado, que con una gruesa división de tropas españolas había recibido el encargo de custodiar a Motecuzoma en la ciudad de México, cometió un acto de extraordinaria crueldad, receloso de la actitud hostil de los aztecas. En una fiesta religiosa de éstos ordenó a sus soldados que embistieran contra los señores mexicanos y mató a algunos centenares de ellos.

A su vez, los aztecas se arrojaron sobre los españoles y les obligaron a encerrarse en el cuartel. Motecuzoma vióse en la necesidad de intervenir y cesó el combate; pero sus súbditos continuaron sitiando el palacio, de donde no se apartaron sino cuando supieron el triunfo de Cortés.

Este volvió precipitadamente a la capital y entró en ella acompañado del ejército español y de dos mil guerreros de Tlascala. Su llegada fué recibida con nuevos asaltos de los aztecas, en que resultaron heridos y muertos muchos europeos.

El jefe de los sublevados era Cuitlahuac. Temeroso Cortés de que se apoderaran del cuartel, pidió a Motecuzoma que aplacara a los rebeldes. Obedeció el soberano y desde la azotea arengó a sus súbditos; pero éstos no le obedecieron y, antes por lo contrario, lanzaron piedras y dardos sobre él. Motecuzoma cayó sin sentido, y a los pocos días perdió la vida.

Después de una corta suspensión de armas, se renovaron las hostilidades de parte de los indígenas y Cortés comprendió que no podía seguir en la ciudad. Resolvió, pues, salir ella y, para hacerlo, fijó la noche del 30 de junio.

Las dificultades fueron muchas, pues los aztecas habían cortado los puentes de las calzadas que comunicaban la población con los campos vecinos. En esta retirada, que se ha llamado la *noche triste*, murieron numerosos españoles, y todos ellos estuvieron expuestos a perecer. Aún cuando sus supersticiones les prohibían combatir de noche, los súbditos de Motecuzoma atacaron con furia a los atrevidos invasores de su territorio.

Hernán Cortés perdió la mitad de sus tropas europeas, casi toda la artillería y las municiones y bagajes. A pesar de este inmenso descalabro, no se dejó dominar por el desaliento y continuó impertérrito en dirección a Tlascalala.

Se hallaba próximo al término de su viaje, cuando un numeroso ejército azteca se interpuso en el camino, en las llanuras de Otumba. Este habría sido el último día de los europeos sin la audacia y energía desplegadas por ellos. Cortés en persona atacó al jefe enemigo y un capitán español le cortó la cabeza y se apoderó del sagrado estandarte. Esta fué la señal de la derrota.

Al día siguiente, 8 de julio de 1520, los europeos entraban en el territorio de sus aliados tlascaltecas. Llegaban maltrechos y temerosos. Habían perdido en las refriegas de Tenochtitlán y en el combate de Otumba de seiscientos a ochocientos españoles y casi todo el ejército de indígenas auxiliares. Por lo demás, no sabían cómo serían recibidos en Tlascalala.

Felizmente, esta duda se aclaró desde el primer día y Cortés pudo celebrar con los trascaltecas un convenio por el cual, en cambio del apoyo que éstos le prestarían, se comprometió a cederles una parte del botín que obtuviere en la nueva campaña.

Después de algunas expediciones afortunadas que le aseguraron la conquista de la zona oriental, hasta entonces dominada por los aztecas y con valiosos refuerzos de armas y hombres llegados de Cuba, a fines del mes de diciembre, Hernán Cortés pudo iniciar su nueva marcha hacia la ciudad de México.

La gran aliada de los españoles fué entonces la epidemia de viruela, que hizo terribles estragos entre los aztecas. Este espantoso azote había sido introducido por los soldados de Pánfilo de Narváez. Una de las primeras víctimas en Tenochtitlán fué el propio Cuitlahuac. Le sucedió en el trono un sobrino de Motecuzoma, Cuanhtemoc, el mismo que había empezado el ataque contra los europeos dentro de la ciudad.

Cortés se hallaba seguro de vencer, y de

otro modo no tendría explicación el que en estos días bautizara al país con el nombre de Nueva España, nombre que perduró bajo todo el período del gobierno español.

En Tlascalala hizo alarde de sus tropas. Contaba con cuarenta caballos, quinientos cincuenta soldados europeos de infantería y numeroso ejército de indígenas. Por desgracia, las armas eran escasas; pues sólo alcanzaban a ochenta ballestas y escopetas y a nueve piezas de artillería.

Además había hecho construir los bergantines necesarios para dominar en el lago de Tezcoco.

Cortés no se dirigió inmediatamente a Tenochtitlán, sino que resolvió conquistar primero toda la región oriental, y así se apoderó de Tepeaca, donde fundó la villa de Segura de la Frontera.

Entonces llegaron de Cuba nuevos socorros que, aunque destinados a Narváez, al cual se suponía dueño del país, para que adelantara los descubrimientos, fueron cayendo unos en pos de otros en manos de Hernán Cortés. De este modo pudo agregar a sus tropas más de 250 soldados europeos y un cargamento de armas y municiones.

El 28 de diciembre de 1520 salió, por fin, Cortés de Tlascala y tres días más tarde entró en la ciudad de Tezcoco. Allí empezó a tomar diferentes disposiciones estratégicas para emprender la campaña definitiva. La principal de ellas fué la construcción de un canal entre la ciudad de Tezcoco y el lago del mismo nombre, por donde pudieran ser trasladados los bergantines.

Después de recios ataques contra los indígenas que ocupaban la comarca austral del valle, el ejército español llegó a mediados del mes de abril al término de una de las calzadas que comunicaban con la ciudad de México.

En este momento, los soldados europeos habían aumentado en número y sumaban 86 jinetes, 118 ballesteros y escopeteros, y más de 700 peones de espada, o sea, infantes. Asimismo, la artillería había duplicado sus piezas.

Cortés empezó por dividir sus tropas y confió las principales divisiones a Pedro de Alvarado, a Cristóbal de Olid y a Gonzalo de Sandoval, a fin de que atacaran a las ciudades que rodeaban el lago. Por su parte, conservó bajo su mando directo el resto de los soldados y los doce bergantines.

Estos barcos habían sido lanzados al agua con fecha 28 de abril de 1521.

Hernán Cortés inició el ataque a Tenochtitlán en el día 9 de junio. Puede afirmarse que entonces verdaderamente empezó el sitio de la ciudad.

El caudillo de Medellín, apoyado con energía por sus tenientes Alvarado, Olid y Sandoval, con el poderoso sostén de los bergantines, fué destruyendo poco a poco los palacios, los teocalis y las casas particulares. Sangrientos combates interrumpían de cuando en cuando esta cruel obra de exterminio, y muchas veces los audaces soldados de España cayeron bajo los golpes del enemigo o bien, fueron hechos prisioneros.

Hernán Cortés mismo se vió en diferentes lances expuesto a perder la vida, pero su empuje personal y la eficaz ayuda de sus subalternos le arrancó milagrosamente de la garras azteca.

Por fin, dominados por el hambre y atormentados por el efecto mortífero de las armas de fuego, los sobrevivientes de la gran ciudad se rindieron a discreción el 13 de agosto, después de más de dos meses de una lucha constante y desapiadada, en la cual sucumbieron más de 130 mil aztecas.

Cuanhtemoc se presentó ante Cortés preparado para recibir la muerte, pero el jefe español rindió debido homenaje a su heroísmo y le recibió con grandes consideraciones.

Después de someter fácilmente todo el territorio de Nueva España a la autoridad del rey, con fecha 15 de octubre de 1522, Cortés fué nombrado gobernador, capitán general y justicia mayor de aquella riquísima comarca.

A pesar de que aún no tenía cuarenta años de edad, el conquistador de México se hallaba decaído de fuerzas, pero esto no obstó

para que en octubre de 1524 emprendiera una peligrosa campaña a Honduras, que en realidad sólo dió por resultado el de darle a conocer la región centroamericana.

Acusado ante la corte de propósitos de independencia, resolvió hacer viaje a la península, donde Carlos V le confirmó en sus cargos y le obsequió con el título de Marqués del Valle de Oajaca.

Entretanto el rey consideró indispensable la creación de una real audiencia, o sea, un tribunal superior de justicia, en la ciudad de México, con lo que redujo extraordinariamente las facultades de Cortés, y, por último, en 1534, creó el virreinato de Nueva España, y eligió para que lo gobernara a don Antonio de Mendoza.

En esta última fecha Hernán Cortés se había convencido de que en el territorio de su mando no había ningún estrecho que sirviera de comunicación entre el golfo de México y los mares de la India. En cambio, en un penoso viaje realizado por él mismo a las costas occidentales, había descubierto las tierras de California. Este fué el postrer gran servicio que prestó a la geografía del Nuevo Mundo.

Volvió por segunda vez a la Corte en 1540, se alistó en una expedición dirigida contra el gobierno turco de Argel y falleció a los sesenta y tres años de edad en una aldea cercana a Sevilla. Sus restos fueron trasladados a México, donde actualmente reposan (*).

INEDITO, 1936.

(*) El manuscrito de Amunátegui Solar se encuentra precedido de la siguiente nota que copiamos fielmente: "Esta bibliografía debe publicarse en la tapa final del libro".

OBRAS DEL MISMO AUTOR

- 1.—Memoria Universitaria correspondiente a 1913. Santiago, 1914. Imprenta Barcelona.
- 2.—Memoria del Rector de la Universidad correspondiente a 1914. Santiago, 1915. Imprenta Barcelona.
- 3.—Memoria del Rector de la Universidad, correspondiente a 1915. Santiago, 1916. Imprenta Barcelona.
- 4.—Memoria del Rector de la Universidad, correspondiente a 1916. Santiago, 1916. Imprenta Barcelona.
- 5.—Memoria del Rector de la Universidad, correspondiente a 1917. Santiago, 1918. Imprenta Barcelona.